Stéphane Chaumet

# CAMINA O MUERE

*colección andanzas*



TUSQUETS EDITORES

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Camina o muere**

**Agradecimientos**

**Créditos**

# CAMINA O MUERE

Stéphane Chaumet

TUSQUETS EDITORES

# Camina o muere

¿Por qué lo llamé a él cuando salí de la cárcel? No lo sé. O quizás, al mirar mi teléfono, no tenía nadie a quien llamar. Los primeros días fuera, recorrí las calles atestadas de Bogotá, me agoté rápido, me mareaba al cruzarme con toda esa gente, ese ir y venir de carros y buses podridos, de humo negro, una vaga angustia en el vientre, como si alguien me fuera a tocar el hombro para decirme que no tenía derecho a hacer eso o que ya era hora de regresar. También en la cárcel pulula mucha gente y se oye un zumbido constante, pero a todos aquellos que estaban fuera yo los veía como si cada uno llevara su propia cárcel dentro de sí. Durante todo ese tiempo que había estado entre rejas, ellos, allí, habían seguido con sus rutinas, encerrados en sus pequeñas vidas; de hecho, dentro o fuera todos estamos encerrados en nuestra vida estrecha y mediocre, con mucha esperanza y poca salida. No estoy diciendo que aquí o allá sea lo mismo, en este país, en la cárcel, te deslizas hacia un inframundo donde harán todo lo posible para despojarte de tu dignidad, convertirte en un desecho humano. Estoy feliz por haber salido de allí, ese no es el problema. No sé si me entiendes, le dije más tarde a Sacha, lo siento, me estoy enredando. Soy una chica que siempre se enreda. En prisión, por la noche, jamás hay un silencio total, la única cosa que no puedes comprar en la cárcel es el silencio, a veces te preguntas: ¿Qué voy a hacer con mi vida después? Todas nos hacemos esa pregunta un día u otro, y no conocí a muchas que estuvieran seguras de la respuesta. Lo peor es que, una vez afuera, tropezaba con el mismo jodido signo de interrogación. Y tuve cinco años para pensar. Cinco años son mucho tiempo, mucho. En fin, los dos primeros años no pensaba en eso,

había demasiada ira en mí. Una rabia que venía de lejos y canalizaba todas las humillaciones de mi vida. Los días siguientes a mi liberación, la mayor parte del tiempo me quedaba en la habitación que alquilaba en el apartamento minúsculo de una amiga, una habitación tan grande como mi celda, pero solo para mí. Me resultaban extrañas esas sábanas bien planchadas en mi cama, que olían a ropa recién lavada; el papel pintado de color rosado, que se despegaba en las esquinas por la humedad que manchaba de moho los corazoncitos amarillos y celestes. Era la habitación de su hija, que ahora dormía con su madre, mi parte del alquiler les permitía vivir un poco mejor, así que se acomodaban a la situación y yo también.

En realidad, no llamé a Sacha, le mandé un mensaje. Si no me respondía, sería menos humillante que oír su voz apenada o diciéndome una mentira. Yo no tenía muy claro qué quería. Pero ¿por qué me habría dejado su número de teléfono si no era para que lo llamara? El último día del taller de escritura, Catalina anunció que mi salida era inminente, entonces Sacha me dio su número, por si quería seguir con el taller afuera; según él, valía la pena. Me eché a reír, no lo creí ni un segundo. Y él, ¿qué quería? Cuando le pregunté después, no la primera noche que volví a verlo, esa vez casi acabó mal por culpa de los delirios que me agarran a menudo; los llamo delirios, pero no sé, son unas angustias que irrumpen de golpe del pasado y vienen a pegarse al presente, es tan brutal que no logro controlar nada, entonces me paso de la raya, o se me cose la boca. Luego pasa, y luego me arrepiento, y luego a la mierda. Cuando le pregunté, pues, me dijo:

Por tu cara.

¿Por mi cara? Con esa jeta que tenía en la cárcel.

Y él: En cuanto te vi, tu cara me impactó, está marcada por una vida que desconocía por completo.

Empezó a hablarme de mis labios secos, que me mordisqueaba sin darme cuenta durante los talleres, de mis ojeras, mis ojos de un negro casi violento... ¿Se burlaba de mí o desvariaba un poco? Me había dado su número con la vaga idea de que podríamos volver a vernos, sin esperar nada en particular. Sin embargo, me estaba mirando fijamente, en aquel momento sentía su deseo de besarme, hice como si nada, ningún gesto, él tampoco. Solo silbé para burlarme sin maldad, quién sino un poeta para salirme con algo así sobre mi cara. Y también para ocultar mi confusión, no sé por qué no quería que pensara demasiado pronto que me atraía. Le pregunté qué edad me daba cuando me vio por primera vez.

Treinta, como máximo.

Acababa de cumplir veintiocho. Dos años de diferencia, la cárcel no me había desfigurado por completo, me dije.

Con el celular en la mano, aún vacilaba si llamar a Sacha. A lo peor me manda una publicidad para un taller de escritura. Escribí: *Hola, soy Karen, cómo estás. Ya salí*. Un mensaje pendejo, pero apenas lo mandé que me contestó. *Me alegro por ti. Me gustaría volver a verte, si quieres*. Pensé, seguro que me escribe eso por cortesía, tipo nos llamamos y tomamos un café. Prudente, contesté: *Sí, cuando tengas tiempo, avísame.* Y él: *Estoy haciendo una sopa, ¿quieres venir a cenar?* Y yo, como una pendeja: *¿Esta noche?* Sabía muy bien que se trataba de esa noche. *Sí*. Y me mandó su dirección. Necesitaba como mínimo una hora para llegar hasta su casa a esas horas, con ese tráfico neurótico. *No hay problema, te espero,* me dijo. Me hace falta cambiarme, arreglarme un poquito, con esta cara que tengo. Mis pocos harapos en el closet me deprimieron. Ya no importa un culo, Cenicienta, no vas al baile, vas a tragar una sopa.

Me puse mi chaqueta de *jean* y me fui a tomar el bus. Llegué una hora y media después. Que Sacha me propusiera volver a vernos, aunque me sorprendió, era lo que en el fondo esperaba al mandarle un mensaje. Y necesitaba ver a alguien como él, quiero decir, no a un total desconocido ni a alguien cercano, no a una exprisionera ni a una persona que no tuviera conciencia, aunque fuera un mínimo, de la realidad de donde salía. No sé hasta qué punto él podía tener conciencia de eso, pero por lo menos había metido los pies en nuestro patio, el seis, el de las políticas, oficialmente no somos presas políticas, solo insurgentes, y hasta terroristas. En fin, estaba un poco intimidada cuando entré en su casa, pero me relajé rápido, abrió una botella de vino, que acabamos de tomar después de haber comido su deliciosa sopa con pan fresco, hablando de unas cosas y otras. Evoqué mi gusto por la cerámica, que había descubierto en la cárcel. Sin querer ofenderte, le dije molestando, la revelación para mí no fue la escritura, necesitaba hacer algo manual. Al comienzo me irritaba ver que la arcilla no tomaba la forma que yo tenía en mente, pero con bastante rapidez encontré una conexión entre mis manos y mi cerebro que se olvidaba de todo, lo cual era algo nuevo para mí. Soy incapaz de quedarme quieta en ejercicios hinchapelotas tipo relajación, me da rabia, había una presa que hacía meditación, se sentaba a lo indio cerrando los ojos y tenía que quedarse siglos así, probé y no aguanté ni cinco minutos, perdí el control de mi cerebro, en el que estallaban imágenes que hubiera querido enterrar, borrar, pero que venían a atormentarme de improviso. Solo con la cerámica, poco a poco, encontré la manera de no pensar en nada más que en esa tarea que unía mi mente y mi cuerpo, sin ruptura entre los dos. Eran unas horas a la semana, durante los tres últimos meses en la cárcel, pero una vez afuera sentía que esa actividad me hacía falta. Sacha propuso ponerme en contacto con una amiga que

tenía un taller de cerámica y que daba clases. Estaba lejos de imaginar que ese encuentro tendría lugar, menos aún, que transformaría mi vida. Hacía años que no bebía alcohol, y el vino rápidamente me prendió, me tiré un poco en su sofá.

¿Estás bien?, me preguntó Sacha.

¿Me echaste algo en el vino?

Me miró sin entender, de esa manera que uno tiene cuando no sabemos si el otro está serio o bromea.

¿Me quieres violar?

Me salió de manera automática, como cuando uno se habla a sí mismo en voz alta.

¿Qué te pasa Karen, estás borracha o qué? Se fue hasta el lavadero. Ten, bebe agua, cálmate, no te voy a hacer absolutamente nada.

Como no tomé el vaso de agua, lo puso sobre la mesita, de un rojo vivo que de repente me pareció agresivo. Quería irme, no paraba de repetir que quería irme, pero no me movía del sofá, como detenida a la fuerza bajo amenaza. Pero él se mantenía inmóvil, a distancia de mí, observándome, con aire desconcertado.

Si quieres irte, te vas, pero deja que llame un taxi para que te lleve, no vas a regresar sola en este estado, por favor. Tomó su celular y pidió un taxi. Estará aquí en cinco minutos. Y me acercó mi chaqueta.

Al levantarme le di un golpe a la mesita y el vaso se derramó sobre un libro que había encima. No pasa nada, dijo Sacha. Secó el agua y puso el libro sobre una silla y lo limpió vagamente con el dorso de la mano. Bajó conmigo, tomamos las escaleras, cinco pisos. Esperamos el taxi en el frío, en silencio. Al ver la jeta del chofer, dije: No no no, no voy a subir en ese taxi, ni loca, olvídalo.

¿Qué quieres entonces?, me preguntó Sacha con un tono neutral.

Volteé la cabeza a la derecha y a la izquierda, era de noche, el alumbrado amarillento de la calle tenía algo siniestro y angustiante, no había nadie por la calle, solo sombras inciertas, un poco más lejos, la avenida Caracas, cuya reputación conocía, parecía más hostil que nunca. La noche estaba en todas partes, sucia, pensé que no había ningún lugar para mí, que estaba perdida. El chofer nos pitó, y me sobresaltó.

¿Podemos regresar a tu casa, por favor?, dije a Sacha.

Sin perder la paciencia, Sacha se disculpó con el taxista, quien refunfuñó entre dientes y nos lanzó una mirada sombría. Volvimos a subir a su departamento. Sacha me preparó un té. Me sentí mejor, calmada, aunque no abrí la boca ni le di explicaciones, una disculpa. Por cierto, no las pidió. En realidad, ya no quería irme ni estar sola. Desplegó el sofá y puso sábanas, una cobija. ¿Está bien así? Contesté que sí con la cabeza. No había más que dos habitaciones, el salón con el sofá y un cuarto con un espeso colchón en el piso. Me quité los zapatos y me acosté. Sacha estaba en su cuarto, veía bajo la puerta cerrada una raya de luz. En el salón no había cortinas, solo dos grandes ventanas que daban sobre la ciudad, y a lo lejos se veían las montañas. Al cabo de un rato me levanté y toqué a su puerta. Estaba en la cama, la espalda apoyada en la pared, leyendo. No puedo dormir, tengo frío, le dije. Sacha me miraba, el libro puesto al revés sobre sus rodillas. ¿Me puedo acostar a tu lado? Me invitó con un gesto. La habitación solo estaba iluminada por una lamparita. Me coloqué bajo el edredón, volteada hacia la pared, las rodillas en el pecho. ¿Quieres que te lea?, me preguntó Sacha. Giré la cabeza hacia él, murmuré que sí, y empezó a leerme en voz alta, suavemente. La cama estaba caliente, sentía el calor de su cuerpo que, sin tocarnos, se expandía hacia mí. Seguí dos o tres frases y luego, arrullada por su voz, caí en el sueño. Al amanecer me largué

antes de que Sacha abriera los ojos. A diferencia del día anterior, me sentía un poco avergonzada.

Recuerdo cuando Catalina anunció que nos habían autorizado a tener un taller de escritura, por lo menos tres sesiones, con un hombre, un francés o un alemán, las chicas empezaron a tomarse el pelo con sus bromas picantes. A mí, un taller de escritura, no me entusiasmaba, pero Catalina insistía en que me inscribiera. No sé escribir, le repetía, no soy escritora.

Por eso mismo, la idea es que te despejes la mente, no que te creas García Márquez.

Casi me arrastró allá. Lo peor es que me gustó, o más bien me gustó la manera que tenía el hombre de mirarnos, de hablarnos. Cuando una de las chicas trató de provocarlo, nos contestó: Ahora no veo presas, veo seres humanos, y enseguida nos metió en el bolsillo. En la cárcel, las actividades que nos proponen se limitan a la cocina, la costura y la peluquería, la trinidad de la mujer. Ah, también había una clase sobre granja de gallinas. A Catalina, eso le daba rabia.

Las gallinas, vivo en la ciudad, para qué me van a servir. Y las chicas del campo ya saben criar gallinas.

Acosó a la directora exigiéndole otras opciones. Catalina ya la había jodido para obtener el Código Penitenciario, quería conocer sus derechos, la directora cedió al final, Catalina lo leyó de la A a la Z. No impide los abusos y las humillaciones, le dije a Sacha la siguiente vez que nos volvimos a ver, pero cuando Catalina se rebela, alza nuestros derechos y amenaza con hacer un reporte en la prensa, algunas guardias desconfían, no quieren perder el trabajo,

aunque sea una porquería. A mí me daba risa cuando Catalina hablaba de prensa, pues se refería a un periódico comunista con un puñado de lectores en el cual a veces escribe, porque los medios en Colombia solo se interesan por la cárcel si hay una fuga o un motín sangriento, con muertos, con tal de consolidar a la gente en su miedo. A menudo no hay grandes diferencias sociales entre las guardias y nosotras, salvo que aquí ellas tienen un pequeño poder, cosa que no tienen ni afuera ni en su casa, y entonces se les suben los humos a la cabeza. Siempre hay una o dos malparidas que saben elegir a su víctima para desahogarse, o que satisfacen su vicio de agarrarnos por el pelo en cuanto se les presenta la ocasión, o que se divierten arruinando los juguetes de los niños que vienen a visitar a su madre. Por no hablar del contrabando y de la droga, porque puedes comprar lo que quieras, pero nada transita sin la complicidad de algunas guardias, y estas no se arriesgan de manera altruista. O haces como Patricia, una visitante que pasaba drogas en su vagina, pero que en su última visita no volvió a salir, por sospecha o delación, las guardias la pusieron aparte con un perro que le ladraba entre las piernas, al punto que se orinó en sus calzones. Las chicas de nuestro patio, el seis, tenemos mala fama, somos peligrosas. No peligrosas como las presas comunes, que se amontonan en los primeros patios, cinco o seis muchachas por cada celda hecha para dos, y que cuelgan una hamaca o desenrollan un colchón en el suelo a la hora de acostarse. En sus patios, incluso hay celdas que solo sirven para drogarse, unas presas las ocupan, trafican con todo, trabadas permanentemente con cualquier cosa, con pegamento para zapatos cuando no tienen dinero suficiente para sustancias más duras; otras están allí de paso, solo para calmar sus ansiedades. También hay celdas donde evangelistas rezan todo el día, medio en trance. Nosotras, en el patio seis, aunque a veces alzamos la voz,

nuestros conflictos los arreglamos discutiendo, no dándonos una paliza, no con cuchilladas o escupitajos. Somos peligrosas y nocivas por culpa de nuestra, cito textualmente, *perversidad social y política,* por culpa de la nefasta influencia que podríamos ejercer sobre las otras presas, así que nos aíslan, no tenemos derecho a participar en las actividades en común con las de otros patios. Salvo el 24 de septiembre, día de Santa Mercedes, patrona de las reclusas. Ese día, nos reunimos todas y siempre es muy chistoso ver a las mujeres de los patios siete y ocho, los de las ricas. En el siete son las presas vinculadas con el tráfico de droga y el blanqueo de dinero, tienen cierto rango y plata, no son mulas, las pequeñas manos sacrificadas del tráfico de droga se encuentran con las presas comunes, y cuando ellas van al patio siete es para hacer el aseo, cocinar o lavar la ropa de sus superiores, porque necesitan dinero y las otras no tienen ganas de dañarse las uñas. O es una lamidita a cambio de unos billetes. Sin plata, en la cárcel revientas o te vuelves una mendiga, una esclava. Nada más que por la comida, si no tienes dinero para cocinarte o comprar a las presas que se montan su pequeño negocio de cocina, lo que la administración nos sirve de alimento no lo querría ni un perro. Vi unos platos con pollo medio podrido o medio crudo, bastones de yuca apenas descongelados como para romperte un diente. Por tener algo que dar a sus niños de visita, algunas matan a veces una paloma en el patio, y ves a los niños todos contentos royendo pequeños muslos. Si quieres hacer una llamada, necesitas plata, si quieres papel para limpiarte en el baño, necesitas plata, si no quieres ensuciarte de sangre por todas partes cuando tienes tu menstruación, necesitas plata para las toallas higiénicas. La ventaja con nosotras, las políticas, es que mantenemos cierta solidaridad y disciplina, a pesar de las tensiones y crisis, siempre debido a la promiscuidad, por cosas triviales. Hasta

el punto de que si una presa causa problemas que las guardias no saben gestionar, porque en la mente penitenciaria somos material que se debe gestionar, la dirección manda a la jodida a nuestro patio, para que la metamos en vereda. Por mucho que seamos las malas, ahí ya no somos las lavadoras de cerebro, somos el ejemplo de las buenas maneras. Las de la cárcel, no de la clase alta. ¿Por dónde iba?

Santa Mercedes. Patio ocho, me dijo Sacha con esa sonrisa que me daba ganas de morderle los labios, aun cuando era la segunda vez que nos veíamos y todavía no nos habíamos besado.

El patio ocho, las vip. Ellas son funcionarias corruptas, una alcaldesa, una comisaria de la policía, son una decena, cayeron presas pero conservan suficiente poder y dinero para obtener beneficios en ese pabellón amplio, las celdas individuales son estudios equipados, con ducha y baño, tienen su plancha para el pelo, su guardarropa, piden afuera sushi... Pero el día de Santa Mercedes, nuestra santa patrona, las de los patios privilegiados se encuentran de repente en medio de toda la chusma que bulle en la cárcel, y eso les da culillo, es como si se encontraran completamente desnudas en el corazón de la selva con fieras, insectos, serpientes y caníbales a su alrededor. Ves a presas enfermas, afiebradas, drogadictas, harapientas, zombis, con la piel en los huesos, chicas que tienen sida o sífilis, mujeres que siempre vivieron en la calle o defendiéndose como fuese, y su única arma en la cárcel, lo saben, es el miedo y el asco que inspiran. Las más pobres de las presas ni siquiera tienen colchón, ni siquiera celda, duermen afuera en el patio con las palomas, las ratas y las cucarachas, sobre cartones, bajo una lona de plástico o una vieja sábana sucia, dormitorios improvisados que las chanchulleras alquilan a esas parias. El día de Santa Mercedes es un espectáculo sórdido y cómico, que la dirección

intenta patéticamente poner en escena, con sus bellos discursos, refrigerios y divertimentos que prepararon grupos de presas. El clímax llega con la elección de Miss Cárcel, hasta en nuestro patio se encuentran algunas para prestarse a esa farsa, una manera de salir un poco del aburrimiento, y el día se acaba con un concierto, en primera fila instalaron a presas bien seleccionadas, mientras que los carteles de Catalina y sus camaradas que reivindican nuestros derechos son destrozados y echados a la basura. Pero no vayas a creer que yo era peligrosa por razones políticas, le dije a Sacha, tirada en su sofá. Creo que lo estaba aturdiendo, y a mí misma, porque no sabía cómo contarle lo que le quería contar, por qué de repente había actuado así la otra noche. Es verdad que me condenaron por *rebelión y pertenencia a un grupo armado ilegal,* pero no entré en las FARC por convicciones políticas, solo buscaba salvar mi pellejo. La ironía es que, cuando me arrestaron los tombos, estaba huyendo de la guerrilla.

Hubiera podido mentir a Sacha, hacerme pasar por una de esas rebeldes latinas medio heroínas que tanto les gustan a los europeos, desde la distancia, pero no quería que se hiciese una falsa idea de mí. Mentí a tanta gente, en primer lugar a mis padres, mentirles era también una cuestión de sobrevivencia. Mi padre solo se acordaba de mí cuando estaba borracho, el único momento en que no tenía ganas de verlo, ni de sentir su repentina ternura con aliento pegajoso, ni de que me escupiera todos sus cuentos y falsas promesas. Y mi madre, no es que fuera mala conmigo, creo que nada más no nos entendíamos. Estaba agobiada, desbordada por su vida de mierda, limpiando casas seis días sobre siete, entonces me gritaba todo el tiempo, nada de lo que yo hacía le convenía, todo lo que salía al revés era mi culpa, si se hubiera enterado de que me violaron, seguiría diciendo que fue mi culpa. Ya no sabía hablar con

nadie sin ese tono de agresividad del que ni siquiera se daba cuenta, y cuando Catalina, en la cárcel, me hizo notar mi propia agresividad, recibí justo en la jeta el retrato de mi madre.

Violada, ¿dijiste? Sacha halló enseguida la palabra que solté sin querer. Adiviné que estaba pensando en la primera noche que pasamos juntos.

Violada, sí. Mi madre me había mandado a casa de mi tía, en un pueblo al norte de Antioquia, porque me habían amenazado de muerte. Vivíamos en Bello, el suburbio industrial de Medellín, en un barrio podrido, no el peor, pero podrido para una adolescente de dieciséis años que tenía riñas con su madre y se aburría a morir.

No tenía realmente amigos, solo me relacionaba con chicas y chicos de mi barrio, del mismo colegio, todos atascados en la misma esclerosis, la misma precariedad. Nuestros padres eran obreros de la construcción o del textil, conductores, artesanos, vigilantes, manitas, desempleados, cuando no habían abandonado sencillamente sus hogares o desaparecido a la hora del sueldo para olvidarse de sí mismos en el alcohol, el juego o las putas, si no en las tres cosas. Nuestras madres, casi siempre en apuros económicos, hacían lo que podían para salir adelante: vender arepas o zumo de naranja en la puerta de sus casas, recoger basura en hospitales o lavar baños donde los ricos. La mía limpiaba casas en todas partes de la ciudad, saltando de un bus a otro, con el miedo en el vientre de llegar tarde y perder uno de sus empleos. Algunas familias del barrio estaban mejor porque el padre trabajaba clandestinamente en Miami y enviaba dinero de vuelta, así que hacían construir un segundo piso en su casa o cambiaban de carro. Otras, al contrario, tenían que comprar en la tienda de la esquina una cucharada de aceite o de azúcar, vertida en una bolsita de plástico, porque eran demasiado pobres para comprar una botella o un paquete entero.

A los dieciséis, entonces, me dejé embarcar por una amiga en su delirio gótico, no me vestía sino de negro, me hubiera comprado botas de plataforma, pero no tenía los recursos, mis únicos atributos eran un collar de cuero al ras del cuello, pintaúñas negro y un *piercing* en la nariz que me quitaba al entrar en la casa desde que mi madre me había insultado y prohibido ponérmelo, diciéndome que con mi chicle y mi anillo en la nariz me parecía a una vaca. Si bien obedecía por tener paz, a veces también llegaba a propósito a casa con mi *piercing,* o no me quitaba el maquillaje que me había puesto afuera, demasiado negro en los ojos, demasiado morado en los labios, entonces mi madre estallaba, y en el fondo me alegraba verla alterada. Empecé a callejear con los parceros de mi amiga, más exagerados que nosotras, que visitaban cementerios en la noche y se jactaban de satanismo, más para aparentar que otra cosa. Yo lo hacía sin duda por sentir que existía, pero también para joder a mi madre y llamar la atención de mi padre, que se interesaba más por el hijo que acababa de tener con otra mujer, aunque seguía viviendo con nosotras. Un vigilante del cementerio había sorprendido de noche a un grupo de góticos en una tumba traficando con no se sabía qué; empezaron a circular rumores sobre nosotros, que exhumábamos muertos siguiendo un ritual, que hacíamos sacrificios de animales, tal vez incluso de bebés. Solo fui una vez con ellos de noche a un cementerio, bebimos cervezas, fumamos hierba, los dos líderes que apenas tenían dieciocho años invocaron a Satán, a las fuerzas negras de la Tierra y no recuerdo qué pendejadas más, pero se veía que estaban drogados y que se divertían dándonos miedo. En el barrio, en esta época, los paramilitares se infiltraban cada vez más, reclutaban entre los jóvenes, pobres y desubicados, ofreciendo un sueldo y un arma, no faltaban los candidatos. Los paracos perseguían a cualquier persona

sospechosa de simpatizar con la guerrilla de las FARC; una familia que se encontraba con una cruz en su casa o una nota bajo su puerta tenía que marcharse de inmediato si no quería ser liquidada. Su intención era restablecer el orden, acabar con el terrorismo de izquierdas, salvar la nación. Uno de los líderes del pequeño grupo de góticos fue asesinado de un balazo en la cabeza. Con estas palabras prendidas en su vientre: *O los degenerados dejan el barrio, o acabarán con la boca llena de moscas*. Una pareja de drogadictos y un indigente fueron encontrados en la calle acribillados. El barrio tenía miedo, la limpieza social había empezado, se decía que existía una lista, alguien le dijo a mi madre que yo estaba en ella, me mandó donde mi tía.

Vivía en un pueblucho a cuatro horas de Medellín, me fui a regañadientes, claro, pero la perspectiva de dejar ese barrio y a mis padres no me disgustaba, en el fondo no estaba tan apegada a la gente con la que salía. Tuve que cambiar de apariencia, volverme discreta, tomé dos buses para llegar al pueblo de mi tía. Me puse a trabajar con mi tía, que tenía un pequeño vivero. No estaba muy feliz de recibirme, por lo que le habría contado mi madre, pero no quería tampoco que me apiolaran como a una rata. Yo tenía buena mano con las plantas, trabajaba en silencio, así que la convivencia iba bastante bien. Mi primo poseía una finca a unos kilómetros, era el hijo mayor de mi tía. El otro era soldado en el ejército, y su hija, auxiliar de enfermería en un hospital de Medellín. Mi primo mayor venía cada domingo, traía huevos, queso, leche fresca. Almorzaba con nosotros, su mujer lo había dejado. Le pregunté a mi tía que por qué, me contestó que era asunto de ellos. Percibí su aire incómodo, que no quería decirme nada. A veces, mi primo pasaba entre semana, deprisa, para hacerle un favor a mi tía, o durante una entrega, el tiempo de tomar un café. Era amable con su madre y

conmigo, pero sí había notado, cuando aparecía de repente, su manera de echarle el ojo a mis piernas y a mi culo, sobre todo si llevaba un *short*. Su madre también, porque un domingo que me había puesto una minifalda, me pidió que me la cambiara por un pantalón antes de que su hijo llegara a la hora del almuerzo. ¿Por qué? Porque es domingo, contestó, el día del Señor, ella era religiosa, pero entendí que se debía sobre todo para no tentar a su hijo. Un día, hubo un baile en el pueblo, fui con la hija de una amiga de mi tía, nos habíamos visto dos o tres veces y nos llevábamos bastante bien. Conocimos a dos muchachos mayores que nosotras, nos invitaron a tomar una cerveza. Bailamos, bebí una segunda cerveza, me sentía ligera, reía, hacía tiempo que no me reía, creo que fue la última vez que reí de esa manera, con despreocupación, me divertía, hasta besé a Juan, se llamaba Juan. Mi amiga se fue con el otro tipo a dar una vuelta en moto. Juan se ofreció a llevarme a la casa de mi tía, decliné, no insistió, solo me abrazó para darme un último beso, apretándome fuerte la cintura, eso me gustó bastante. Me dejó su número de teléfono y se fue. Cuando estaba llegando a la plaza, mi primo me llamó desde un bar. Me hizo una seña para que me acercara. Nos habíamos puesto vagamente de acuerdo en que me llevaría de regreso a casa. Estaba con amigos, dos mujeres maduras, un hombre que no conocía y unos empleados suyos que vivían en la finca, unos gemelos que le eran devotos porque sin él estarían en la calle. No tenía muchas ganas, pero insistieron en que bebiera un aguardiente con ellos antes de irme. La casa de mi tía se encontraba a dos kilómetros del pueblo y hacerlos a pie no me hacía mucha gracia. Me arrepentí de no haber aceptado que Juan me acompañara con su moto. Mi primo y sus amigos hablaban fuerte, reían y bebían, yo pensaba en Juan, me preguntaba si solo habría sido eso, besarnos en una noche de baile,

o si nos volveríamos a ver. Al cabo de un momento, la cabeza empezó a darme vueltas, veía borroso, no entendía lo que me pasaba. ¿Estás bien?, me preguntó mi primo. Debe de ser el alcohol, no tiene costumbre. Eh, quédate con nosotros... Sentí que me tomaban por los hombros, tenía ganas de reaccionar, pero mi cuerpo parecía entumecido, sin fuerzas. No te preocupes, Karen, te vamos a cargar hasta el carro. Está bien borracha, dijo una de las mujeres muerta de risa. Es la última cosa que oí más o menos claramente. Me encontré en el carro de mi primo con los dos obreros, todo me resultaba cada vez más confuso, lejano, recuerdo haberme dicho: Me han drogado, no puede ser... El carro se paró delante de una choza que no había visto nunca, no era donde mi tía, todo se enredaba, notaba una vaga angustia, ya no tenía realmente conciencia de lo que ocurría, percibí gestos, siluetas, me llegaban voces amortiguadas, me sentía como un títere que agitaban y volteaban sin miramientos. Cuando me desperté, apenas estaba amaneciendo, tenía frío, estaba sola en esa choza silenciosa, sobre un colchón asqueroso en el suelo, comencé a recuperar la conciencia de todo, empezando por mi cuerpo, un tenaz dolor de cabeza, y otro cada vez más punzante entre las piernas, adentro y alrededor, el ano me ardía. Me dolían los senos, tenía moretones en los muslos y los brazos. Estaba completamente desnuda. Sentía un gran cansancio. Había en la pieza un lavamanos con un espejo roto encima. Abrí la llave llena de herrumbre, pero no salió nada. Mirándome, me toqué la cara y el pelo, estaba lleno de esperma, tenía huellas que apenas se habían secado. Nunca había sentido un asco tan profundo. No tenía la menor noción del tiempo, cuánto tiempo hacía que estaba allí, cuánto tiempo había durado eso, cuándo me había dormido o cuándo había perdido por completo la conciencia. De repente, temí que se hallaran todavía allí. Me acerqué a la ventana, ningún carro

delante de la casa, nadie. Tenía la extraña sensación de que no se habían ido hacía mucho tiempo. Mi falda, mi camiseta y mis tenis estaban dispersos en la pieza. Vi mis calzones y mi sostén desgarrados en el suelo. No sé por qué dejé mi brasier, pero tomé mis calzones y los enrollé en mi puño. Me di cuenta de eso mientras caminaba por la carretera, sin saber ni dónde estaba ni hacia dónde me dirigía. Después de pararme y doblarme para vomitar, boté mis calzones en la zanja. La carretera estaba desierta. Pasado un momento me ubiqué, logré regresar a casa de mi tía, la mente vacía, las piernas flojas y dolorosas, con náuseas. Entré sin ruido, por lo menos eso creía. Fui directamente al baño, iba a meterme en la ducha cuando oí la voz de mi tía decir mi nombre. Volteé la cabeza, ella estaba en el umbral de la puerta. Vi cómo le cambiaba la expresión de la cara, lo que me iba a decir se detuvo en seco en su garganta. Acababa de entender lo que me había pasado. Me lavé. Mi tía solía protestar cuando me quedaba mucho rato bajo la ducha, esta vez no dijo nada. Dejé que el agua chorreara sobre mi cuerpo durante mucho tiempo, restregué mi pelo tres veces con champú, y aún no tenía la sensación de estar limpia. Se me habían arrugado los dedos, el agua se volvió fría. Me refugié en mi habitación. Mi tía golpeó a la puerta, no contesté. Dormí hasta tarde. Mi tía regresó con un plato y un vaso de leche. Ver la leche me removió el estómago. No lograba mirar a mi tía a los ojos, ni siquiera los días siguientes. Ella intentaba hablarme, que le contara, se mostraba bastante suave y paciente, y eso me hacía las cosas aún más difíciles, pues tenía ganas de gritarle cuando me preguntaba si sabía quién me había hecho daño: ¡Ha sido tu hijo, tu puto pendejo campesino de hijo con sus dos tarados de sirvientes! Quería que viera a un médico, que presentara una denuncia. Al domingo siguiente, cuando escuché el carro de mi primo, que vino a almorzar,

sentí como si una mano agarrara mis entrañas, tomé las tijeras de podar y me encerré en mi habitación. Mi tía me llamó para comer, dije que estaba enferma. Tenía las tijeras debajo de mi almohada. ¿No vienes a saludar a Andrés?, me gritó. No contesté. No sé lo que pasó en la mesa, si mi tía contó algo, el caso es que la actitud de su hijo tuvo que parecerle extraña, aunque no se atrevió aún a establecer el vínculo conmigo. Unos días después, mi primo llegó de improviso con uno de sus empleados. Al verlos acercarse al invernadero me puse a temblar, mi tía lo notó, abandoné el lugar a toda prisa. Estoy segura de que sospechaba algo, su actitud cambió. No insistió más para que viera a un médico o para que presentara una denuncia, me repetía que yo era fuerte y valiosa, que iba a superar esa prueba. Mientras trasplantábamos matas, mi tía me soltó el mismo discurso. Que eso les pasa desafortunadamente a bastantes chicas, sobre todo si enseñan sus piernas o si se muestran, sin querer, en actitudes provocadoras para la debilidad de los hombres. Que estos, por culpa del alcohol, de la soledad, pueden perder la cabeza, sin por ello ser malos. Que es necesario saber perdonar para seguir adelante. No pude controlarme, le solté:

¿Así, ya no quieres que presente una denuncia? Porque sabes que es tu hijo quien me violó.

¡Cállate!, gritó, ¡cállate!

Nunca la había oído levantar la voz, me sobresalté. Retomó enseguida un tono más suave.

Te voy a decir, puedes ir a denunciar, sabes muy bien que eso no sirve para nada, corazón. ¿Tienes pruebas? ¿Qué crees que va a pasar? ¿No conoces la justicia en este país o qué?

Volví a pensar en mi brasier rasgado que había dejado en la choza, en mis bragas tiradas en la zanja al lado de mi vómito. ¿Pruebas? No me imaginaba yendo a recuperar esos trapos

asquerosos para presentarlos a la policía, si es que las ratas no los habían roído ya.

Lo único que vas a hacer, siguió mi tía, es exponerte a la vergüenza, todo el mundo sabrá que fuiste ensuciada. La gente dirá que lo buscaste, o incluso que estabas dispuesta, eso abrirá camino a una reputación de chica fácil. ¿Crees que no me llegó a los oídos que vas con tu amiga al billar en *short* o minifalda, que te ríes demasiado fuerte, que te pagan a veces una partida o una gaseosa, que das vueltas por la plaza?

Me daba asco, qué había de malo en todo eso.

Ya no eres una niña, vas a cumplir diecisiete años, eso perturba a los hombres, las formas de las muchachas, sobre todo cuando son frescas. Créeme, estoy de tu lado, pero también sé que, en los pueblos, siempre es la mujer la que está equivocada. Y la familia es sagrada. Si hay un problema, se arregla dentro. Te puedo jurar que mi hijo jamás volverá a tocarte. No se le arruina la vida a un hombre por unos minutos de perdición. Repruebo su gesto, me da vergüenza y lo siento de corazón, tienes toda mi compasión, pero un hijo siempre es un hijo para su madre, debes entender, no le voy a causar problemas, su vida ya es bastante difícil, trabaja duro, y su mujer lo abandonó, no lo voy a dejar tirado. Te recibí en mi casa cuando estabas amenazada de muerte en Medellín, encontraste refugio aquí, no lo olvides.

Estaba decaída. Los domingos, usaba cualquier pretexto para no tener que comer en la misma mesa con mi violador. El ambiente se volvía pesado. Ya no podía más con esa mirada de piedad e inquietud de mi tía. A ratos, el odio me ahogaba, me imaginaba clavándole las tijeras de podar en los ojos a mi primo o cortándole los huevos. Revivía las imágenes que mi memoria había guardado, me dolía, pero era más fuerte que yo, volvía a ver el fin de la noche,

me habían drogado con no sé qué, sin duda con burundanga. ¿Lo habían planeado? ¿Habían querido drogar primero a las dos mujeres? Quizás mi primo se había echado atrás al verme, una presa tan fresca... La frustración lo estaba volviendo loco, llevaba tanto tiempo fijándose en mí con sus ojos sucios, el malparido. Debería haber aceptado la propuesta de Juan de acompañarme en moto, me repetía tontamente. Los primeros días después de la violación, casi no había pensado en él. Me había dejado su número de teléfono en un pedazo de papel, recordé haberlo metido en el bolsillito de mi falda de *jean*. ¿Qué había hecho con ella? ¿La había metido mi tía en la lavadora? La encontré con mi camiseta hecha una bola bajo mi cama. No recordaba haberlas puesto allí. El papel estaba aún en el bolsillito. Esperé a que mi tía estuviera con sus matas para llamar a Juan.

Pensé que nunca me llamarías, me dijo. ¿Cómo estás? Como yo callaba, rectificó. ¿No estás bien?

No mucho, contesté.

¿Quieres que nos veamos?

Dije que sí, pero no en el pueblo. Le di cita no muy lejos de la casa de mi tía. Cuando llegué, Juan ya estaba allí, de pie al lado de su moto, fumando un pitillo. Me preguntó qué quería hacer. Una vuelta en moto, contesté. Me sentó bien andar así, sin rumbo, solo con el viento y las montañas alrededor. Nos paramos al principio de un puente, a mirar el paisaje. Juan se inclinó sobre mí para besarme, dejé que lo hiciera. Quería saber si yo tenía problemas, no tenía ganas de hablar, estaba bien con él, no quería estropear el momento. No le conté nada, salvo que ya no quería quedarme donde mi tía.

¿Adónde vas a ir?, me preguntó Juan.

No lo sabía, no podía regresar a casa de mis padres, de hecho, no tenía ganas, podía oír a mi madre sermoneándome: *Cuando el río suena, piedras lleva,* o una tontería por el estilo. Juan me dijo que él también se iría pronto. Solo había venido de vacaciones a ver a su madre. Nos besamos otra vez y me llevó de vuelta. Nos volvimos a encontrar en los días siguientes. Andábamos en moto, nos besábamos. Tuve la tentación de contarle la violación, pero para qué, no sabía cómo iba a reaccionar, de todas maneras me iba a dejar. Trataba de pensar en cómo largarme de la casa de mi tía, pero o no tenía suficiente imaginación, o estaba realmente jodida. Y Juan me dijo, fue tan inesperado, que si quería, podía irme con él. Entonces me marché.

El día mismo que me fui como una ladrona de su casa, Sacha me mandó un mensaje preguntando cómo me encontraba. Me daba vergüenza, pero tenía ganas de volver a verlo, quería disculparme, pero no dar explicaciones, explicar qué, además, cómo eres de jodida, mija, me decía. No paraba de darle vueltas. La amiga que me alquilaba la habitación de su hija me había encontrado un trabajito, mesera en un restaurante que ofrecía almuerzos ejecutivos a oficinistas, pero yo presentía que la dueña no tardaría en echarme. Apenas sonreía, era poco amable con los clientes, no lo lograba, hay una vaina que no capto, estás ahí para tomar el pedido, ¿para qué necesitan que les sonrías mientras eligen entre pollo y carne, sopa o ensalada? Pregunté a Sacha si podía pasar a verlo un día. Me recibió en su casa como si mi comportamiento de la otra noche no hubiese tenido nada anormal, preparó café mientras me hablaba. No hicimos nada especial, no hicimos nada aparte de hablar, pero se me pasó el

tiempo volando. Con Sacha, sí sonreía, él siempre tenía un toque de humor o su forma de molestarme me hacía sonreír. Bebimos cerveza, improvisó algo de comer, era tarde, me quedé a dormir en su casa, sin que se despertaran mis viejos demonios, sin tocarnos, y esta vez me acosté en su cama sin pasar por el sofá, me quité mi *jean,* mi blusa y mi sostén, dormí en calzones con una camiseta que me prestó y que parecía un camisón. Nuestras piernas solo se tocaron por la mañana, se acurrucaron, acariciándose con pequeños movimientos. Sentí su sexo endurecer contra mis nalgas y empecé a mojar. Luego sus manos sobre mi cuerpo, suavemente. Me volteé, aparté un poco la cabeza cuando buscó mi boca, tenía ganas de besarlo, pero pensé que mi aliento al despertar no debía de ser muy agradable y eso me retuvo, me besó el cuello, él me excitaba, su mano se deslizó hacia mis bragas, intentó bajarlas, pero yo misma lo hice, se quitó su calzoncillo, tomé la delantera y me subí sobre él. No había hecho el amor con un hombre desde mi salida de la cárcel.

Seguimos viéndonos, una o dos veces por semana, cuando hacíamos el amor siempre era así, yo sobre él, solo en esa posición lo lograba, solo así tenía placer. O cuando él me lamía. Entonces gozaba. Una noche, Sacha se puso sobre mí, me sentía bien, pero empezó a llover muy fuerte, no se oía nada sino la lluvia resonar en la habitación, no sé si fue por culpa de eso o de la posición, o del recuerdo, Sacha se dio cuenta de que ya no estaba presente, inerte, no siguió masturbándose en mí como lo hubiera hecho cualquier tipo que conocí, como lo hizo Juan, la única vez que me visitó en la cárcel, un día que caía un aguacero. No, Sacha se paró, me preguntó: ¿Estás bien? Y como no reaccionaba, se retiró de mí con suavidad, con mucha suavidad. Otra vez me preguntó si estaba bien, si me había hecho daño, con una voz tierna y preocupada, y de repente rompí en llantos, lloré como pensé que nunca más iba a

llorar en mi vida, lágrimas sin fin. No me preguntó más, se quedó a mi lado. Cuando me calmé un poco, me dio una caja de pañuelos y me buscó un vaso de agua. Es mejor que no volvamos a vernos, le dije sonándome, voy a pudrirte la vida, no tienes la culpa, no estamos hechos el uno para el otro, no estoy hecha para nadie. Me pasó el vaso de agua. ¿Es siempre tu solución, el vaso de agua?, le pregunté. Nos reímos.

En la cárcel hay lo que se llama visitas conyugales. Casados o no, te las arreglas, pero tienes que probar a la administración que es tu cónyuge, inscribirte. Te autorizan a tener relaciones una vez al mes y te pasan tres condones. La visita ocurre en las celdas, no hay un lugar especial para follar, tienes que ponerte de acuerdo con tu compañera de celda para que acepte dejarte el puesto, o compartir el tiempo si ella también tiene visita conyugal. Aún no compartía mi celda con Catalina, estaba con otra muchacha, no nos aguantábamos, me ponía los nervios de punta. Cuando Juan vino, ella recibió a su esposo, no quiso compartir el tiempo de la visita, acostumbraba a tener la celda para ella sola y lo consideraba un derecho, se enojó porque sabía que no estaba casada, que Juan había reaparecido en mi vida después de años sin noticias el uno del otro. Ella quería que fuéramos a hacer eso afuera, como se hacía en los otros patios sobrepoblados. Como no había suficiente espacio en las celdas, las chicas fabricaban un tipo de carpa con sábanas y cobijas, y las parejas desfilaban allí debajo, reloj en la mano, en el suelo, entre olores de sexo y gemidos. Juan estaba aún en la cárcel cuando supo de mí, ignoro cómo, y me escribió después de un largo silencio entre nosotros. Debía de llevar encarcelada desde hacía un año y él iba a salir pronto. En la cárcel, te aferras a los pocos bellos recuerdos que tienes, si es que tienes, y te complaces en revivirlos, los embelleces, te imaginas que vas a conocer algo similar cuando

salgas, fantaseas duro, y eso es lo que le pasó a Juan, si me fijo en sus pocas cartas. Encerrado, había pensado mucho en mí, en nuestros paseos en moto, en nuestros momentos de amor, los únicos bellos en una vida de guerra y sangre, según él. En una carta, me decía que soñaba con el olor de mi cuca. De Juan tenía en mente otros momentos aparte de los de amor, no siempre fue tan chévere como al principio, nunca fue malo conmigo, pero me arrastró a una situación que nos superó, vi cosas tan violentas que la distancia entre nosotros no hizo más que crecer. Es verdad que Juan no me traicionó cuando entendió que iba a escaparme. Entonces, yo también, debido al encierro, a la soledad, al tiempo que llevaba en la cárcel y que parecía no querer avanzar sino con lentitud, al olvido de los otros afuera, hasta de mi propia familia, quise apegarme a las imágenes bellas, a la idea de que alguien allí fuera pensaba en mí, me deseaba, que en la vida de alguien yo había sido, una vez, otra cosa que no fuera un problema o una mierda. Contesté a Juan, seguimos escribiéndonos, llamándonos de vez en cuando, fantaseando el uno sobre el otro, y todo eso para acabar con esa visita catastrófica. Juan era libre desde hacía unas semanas. Mi compañera de celda extendió una sábana entre nuestras camas, por las apariencias. Cuando entré con Juan ya estaban follando, sin el menor pudor, la costumbre a la promiscuidad parecía haberlos desinhibido completamente. A Juan no le importaba un pepino, quizás incluso lo excitaba, después de todo, vino para eso, se removía como un perro en celo, solo tenía ganas de eso, de echar un polvo. Claro, si habíamos decidido vernos en visita conyugal, es que estaba de acuerdo en hacerlo, pero no me había imaginado nuestro reencuentro con tal falta de intimidad, en ese ambiente de prostíbulo. Juan parecía tener solo eso en la mente, que no perdiéramos tiempo, que nos pusiéramos lo antes posible,

vamos, el reloj corre, mi amorcito, no esperé todos esos días ni hice todo el camino en balde. Nos acostamos en mi estrecha y dura cama, de inmediato me manoseó los senos, los sacó de mi sostén para chuparlos, tan pronto como los tuvo en su boca embutió su mano en mis bragas. Me quitó mi *jean,* el suyo se lo bajó hasta las rodillas. Traté de relajarme, estaba apenas lo suficientemente húmeda para que entrase sin lastimarme, pero cuanto más se agitaba en mí más sentía que el deseo se congelaba, aunque no reaccionaba, no gemía, Juan siguió su pequeña labor como si yo fuera una muñeca de silicona. No le dije que se detuviera, es verdad, pero ni siquiera me miraba. Yo tenía la mirada en el vacío, escuchaba la lluvia y sentía como una dureza que crecía en mi vientre. En su precipitación, Juan no se había puesto condón, el cabrón, de repente me di cuenta en mitad de mi apatía y, adivinando que se iba a venir, lo frené diciendo: Sal, sal antes de venir. Me eyaculó en el vientre. Estaba sofocado, en sudor.

¿Fue bueno, te gustó?

La pregunta que mató. Insistía. Solo quería que cerrara el pico. Me limpié el vientre con un pedazo de papel higiénico, me vestí en la cama antes de levantarme. Los otros, detrás de la sábana, todavía estaban follando.

¿Adónde vas?, me preguntó Juan.

Ven, salgamos, aquí apesta.

Juan me siguió hasta la sala, le hubiera gustado volver a empezar. Fui a prepararnos un café.

¿Estás seguro de que saliste a tiempo?, le pregunté.

No te preocupes, tengo control.

Miré la hora. Lo mejor era hacerle una o dos preguntas y dejarlo hablar solo. En ese instante sabía que no volvería a verlo, que volver a verlo había sido un error, que nuestra historia se había acabado

hacía mucho. Mientras estábamos tomando el café, Juan me contó cómo se había desmovilizado con los hombres del Patrón —como todos lo llamaban—, los paracos llegaron a un acuerdo con el Gobierno, salieron bastante bien parados, con penas muy reducidas en relación con sus crímenes, y condiciones carcelarias menos duras que las nuestras. Desde su liberación, Juan trabajaba en seguridad con el antiguo brazo derecho del Patrón, que había montado su propia empresa. Yo, mientras lo escuchaba hablar, solo esperaba no quedar embarazada. Primero, no quería mocoso. Segundo, había visto a suficientes chicas tener que parir en la cárcel, con el control sanitario que puedes imaginar, sin ecografía, nada, como Daniela, que dio a luz en su celda. Al final consiguió la detención domiciliara para los primeros meses de su bebé, estaba sola en su piso podrido, con prohibición de salir. Un día, Daniela tuvo un dolor horrible de muela, la mejilla hinchada, necesitaba una autorización para salir y ver a un médico, o para que este fuera a su domicilio, pero no recibió ninguna respuesta de la cárcel, era tan doloroso que tomó una aguja y ella misma se pinchó el absceso en la encía, antes de arrancarse el diente. Cuando la pusieron otra vez en la cárcel con un diente menos, me contó su hazaña. En prisión, los niños pueden quedarse con su madre hasta los tres años, después deben largarse. Como Daniela no tenía familia a quien confiar a su hijo, lo internaron en un orfanato de Bienestar Familiar. La otra solución es abortar. Clandestinamente, ya que está prohibido por ley. Fue lo que hizo Pao, clavándose una cuchara. Tuvo suerte de no pescar una infección ni de tener una hemorragia interna y salir con los pies por delante, con una nota en su expediente administrativo: *Causa de la muerte: paro cardiaco, o septicemia*. Y yo, el aborto, no tenía ganas de volver a vivir algo así.

Después de la visita de Juan, las relaciones con mi compañera de celda empeoraron, se lo comenté a Catalina, que obtuvo de la directora que me trasladara a su celda. Me había acercado a Catalina, o más bien ella me había tendido la mano. Al principio, yo no quería participar en nada, siempre estaba a la defensiva, no soportaba la más mínima observación. Cuando había un problema y alguien me decía: Por qué eres tan agresiva, yo respondía: No soy agresiva, marica, y apretaba los puños y los dientes para no gritar. O me decían: Te encabritas, no se te puede decir nada, estallas a la primera. Ese tipo de reproches me mataba. Es verdad que estaba de los nervios. Era impulsiva, no me controlaba, tenía tal carga de ira que a la menor chispa estaba a punto de explotar, todo me irritaba. En la cárcel, enseguida activas un mecanismo de supervivencia, lo mío era la agresividad. Empezaba a meterme de malas con todo el mundo. Catalina me invitaba a tomar un café, a mirar un programa de tele en su celda. Supo hablarme, ganarse mi confianza, me abrí un poco. Tenía una manera de preguntarte, no para que le dieses una respuesta o para que ella contestase en tu lugar, sino que te ayudaba a expresarte. La gente siempre cree saber mejor que tú lo que tienes que contestar a sus preguntas, la solución a tus problemas. Es irritante. Un día, Catalina me dijo: Eres eléctrica, apenas se te toca y electrocutas. Me tocó el brazo y simuló recibir una descarga eléctrica, nos reímos. En la cárcel, si te aíslas, no sobrevives. Porque en la cárcel nunca estás sola, sientes una tremenda soledad, pero ninguna intimidad, es la promiscuidad permanente. Y la ira no resuelve nada. Tenía razón, pero cómo no iba a ser agresiva con esa rabia que me habitaba, ese asco que sentía por mí y por la vida, por esos varones que te convierten en presa.

Son mi cabeza y mi cuerpo los que se rebelan.

Parece que el mundo entero te haya decepcionado.

El mundo no me decepcionó, me humilló, contesté.

No eres la única que sufrió, que sigue sufriendo. Todas aquí, de una manera u otra, fuimos humilladas. Te equivocas de objetivo arremetiendo contra las demás.

Una noche, estábamos en pijama en nuestra celda llena de humedad, con los rincones ennegrecidos por el moho, las luces apagadas, y mientras tratábamos de levantarnos el ánimo, porque ella también tenía sus ataques de tristeza cuando pensaba en sus dos niños dejados en casa de su madre, en la incertidumbre de su suerte por culpa de las manipulaciones de la justicia para ensombrecer su expediente, Catalina me dijo jugando:

Vamos a ver si la tensión eléctrica disminuyó...

Y me acarició el brazo, sentí un extraño escalofrío.

Por lo que veo, ya no saltan chispas, pero se te pone la piel de gallina, hay un progreso.

Me acarició con la punta de los dedos, era agradable, pero esquivaba su mirada, deslizó su mano bajo la manga para acariciar mi hombro, y me dejé llevar. Necesitaba esa ternura, sentir mi piel estremecerse. Catalina se tomaba su tiempo, no pedía nada, yo no lograba tocarla aún, pero me gustaba su manera de hacerlo, su mano lenta y fluida que se desplazaba de mi pecho a mi cuello, de mi espalda a mis caderas. En el momento en que su mano subió por mi muslo, yo ya estaba poseída por la excitación, pero me contenía, sin prisa, mi vientre vibraba suave, estaba toda húmeda. No me vine cuando me lamió, sentí como si estuviera lamiendo una herida, como cuando un animal lame la herida de su cría, mi vergonzosa y secreta herida, realmente tuve esta extraña imagen y fue como si de repente me diera cuenta de la situación, aparté la cabeza de Catalina, sin violencia, no estaba enojada, solo perturbada. No

insistió. Se acostó a mi lado y dormimos juntas. Nunca me habían atraído las chicas, creo que ni siquiera me lo había planteado. En mi entorno, las lesbianas eran un tabú, una broma o una fantasía masculina, como estar en la cama con dos areperas. Pero la cárcel, cuando pasas demasiado tiempo en ella, te cambia la perspectiva. Al principio, algunas chicas no dudaban en insinuarse, o incluso en ofrecerme dinero, y las había mandado al carajo. ¿Fue el hartazgo de los hombres, ese momento lúgubre con Juan, o la soledad del encierro, la necesidad que tiene la piel de estremecerse, o el deseo de probar algo distinto lo que me llevó a los brazos de Catalina? Se me hizo un poco raro al comienzo, pero no tanto, pronto me sentí cómoda con esa mujer, y si estaba disfrutando de nuestras caricias, no veía en virtud de qué debía privarme de ellas. Era como si estuviera volviendo a conocer mi cuerpo, volviendo a adueñarme de mi cuerpo, en parte, porque la prisión lo controla. Vivir esa contradicción era extraño. Era también una manera de rebelarse contra ese control, el encierro, lo absurdo de ciertas rutinas, como que nos contasen tres veces al día. Sin ponernos de acuerdo, éramos muy discretas, ningún gesto ambiguo fuera de nuestra celda. Sin embargo, estas cosas siempre acaban saliendo a la luz. Corría el rumor de que estábamos juntas, mi estatus empezó a cambiar a los ojos de las demás. Catalina era una figura en el patio, tenía carisma. Me sentía un poco menos vulnerable. Lo que sí es cierto es que mi estrés y mi agresividad se redujeron bastante. Mi comportamiento también cambió, con las demás, conmigo misma. No es que me hubiese convertido en una chica zen, lo habrías notado, le dije a Sacha para verle esa pequeña sonrisa que me seducía, pero Catalina me ayudó a reencontrar un poco de confianza en mí misma y de autoestima. No era cosa fácil, queda mucho por hacer, es una lucha cotidiana. Fue entonces cuando intenté, animada

por Catalina, volver a ponerme en contacto con mi madre después de tantos años de silencio. Mi madre estaba tan avergonzada que nunca vino a verme, aunque alegara como razón la distancia entre Medellín y Bogotá, las nueve horas de bus, los gastos, la falta de dinero, de tiempo. No me perdonaba que me hubiera unido a los *terroristas,* como ella llamaba a la guerrilla, no me perdonaba haber despertado las sospechas de los vecinos contra ella, hacerle sufrir la vergüenza pública de tener a su hija en la cárcel. Me enviaba dos veces al año un pequeño paquete, uno en Navidad, el otro en mi cumpleaños. Se acordaba al menos de mi cumpleaños. En cuanto a mi padre, nada, había reconstruido definitivamente su vida borrando la nuestra, como si mi madre y yo nunca hubiéramos existido para él. De ellos, me esperaba semejante abandono, nunca he creído que el amor de una madre fuera una promesa con la que siempre se podía contar, pasase lo que pasase. Y sin embargo, desestabilizada por la prisión y el aislamiento, fue un golpe, uno más que me permitió blindarme.

Catalina me abrió nuevos horizontes, gracias a ella empecé a estudiar, a leer, un poco, una o dos horas al día, al principio me costaba concentrarme más allá de tres páginas, leíamos juntas, en voz alta y por turnos. Me encantaban esos momentos. Menos cuando salía a la luz su faceta militante y me hartaba con su sermoneo comunista, entonces yo también recurría a mi propia lengua para poner fin al monólogo. Ya me había tragado demasiados discursos sobre la Nueva Colombia y el socialismo por venir, que me parecía tan absurdo escuchar eso de la boca de Catalina entre cuatro paredes como de la de un profesor convencido de ello en plena selva, donde estábamos condenados a vivir, perseguidos por el ejército. No me iba a disfrazar de militante para no decepcionarla. Catalina era lo bastante sutil como para no ponerme de uñas, era

terca, pero no imponía sus ideas a los otros, y su influencia no necesitaba recurrir a la fuerza. Me hizo tomar conciencia de cosas en este país que ya no me chocaban, supo sacudir el polvo de mi indiferencia. El ambiente en la celda cambió. Era nuestro único espacio posible de intimidad, menos cuando las guardias venían de improviso por una requisa a dañar nuestras cosas. No dormíamos en la misma cama todas las noches, era estrecha, Catalina se movía demasiado, además de ser más alta y ancha de caderas que yo. Cuando compartí mi celda con la otra cabrona, pensé que iba a enloquecer, que una de las dos asesinaría a la otra mientras dormía. Vivir con otras personas, permanentemente confinadas, es lo más difícil. La cárcel saca lo peor del ser humano, y es duro escapar a eso. Hasta con Catalina tenía a veces pequeños roces, pero gracias a su benevolencia siempre se arreglaban. Esa benevolencia, esa búsqueda de conciliación entre las chicas, Catalina la tiene porque no deja que nadie se la monte, porque no quiere entrar en el juego de la cárcel que trata de romperte, de minar tus valores, de castigarte por lo que eras antes de pagar cana. Por eso, cuando conoces a alguien como Catalina, incluso con sus defectos, te aferras, no a ella, sino a lo que te aporta, intentas estar a la altura.

Saliendo del taller de escritura de Sacha el primer día, ella me dijo:

Se nota que le gustas.

¿Ah, sí?

No te hagas la inocente, la forma en que te mira, sus esfuerzos para parecer discreto, ¿acaso no te has dado cuenta? Además, se ve que a ti también te gusta.

¿No estarás un poco celosa?, le contesté.

Aunque nuestro tono era juguetón, Catalina adoptó de repente esa pinta seria que me hacía sonreír, una pequeña mueca

involuntaria que tenía cuando quería que entendiera algo.

Escucha, corazón, vas a salir en unos días, yo me voy a quedar en este agujero por un buen tiempo, y cuando salga, tengo dos hijos esperándome. Aquí, tú y yo nos hemos dado lo que teníamos que darnos, pero tu vida está fuera, debes tener la cabeza fuera a partir de ahora, no debes pensar más en este lugar, debes alejarte de estos muros. Confío en ti, hoy estás armada para salir de esto, para no dejar que nadie te pase por encima, para saber lo que quieres, con tu vida, con tu cuerpo, con una mujer, con un hombre, con ambos, con quién sí, con quién no, ahora tú decides. La escuela fue dura, pero si supiste crecer en la cárcel cuando las demás se encogen o se desploman, entonces sabrás cómo arreglártelas.

No estoy segura de que se lo creyera del todo, le dije a Sacha, porque una vez me explicó que una mujer tarda mucho en volver a la vida normal cuando sale. Y yo, incluso antes, nunca había tenido una vida normal. No sé si crecí en la cárcel, pero sin Catalina, seguramente me habría derrumbado, fue ella quien me salvó.

Me gustaba ir a casa de Sacha, no nos veíamos fuera de su departamento, no salíamos, no fue una decisión, simplemente ocurrió. No éramos una pareja, no éramos solo dos amigos, no sé lo que éramos el uno para el otro, pero sé que lo éramos solo en su casa y eso me gustaba. Una vez quiso que comiéramos en una pizzería. Nos sentamos, miré la carta, había por lo menos quince tipos de pizzas, elegí una al azar para deshacerme del mesero plantado enfrente de mí, me sentía cada vez más incómoda en ese restaurante, fuera de lugar. Cuando llegaron las pizzas, unas pizzas todas planas y bien decoradas, con cosas verdes encima, yo, que

nunca había comido sino pizzas grasientas de comida chatarra, le pregunté a Sacha si podíamos llevarlas a su casa.

¿No te gusta aquí? ¿No estás bien?

Sí, sí, pero, por favor.

Sacha no insistió, preguntó al mesero si podía ponerlas en una caja, pagó y salimos en silencio.

Estoy jodiendo, lo sé, pero... No acabé la frase. Caminábamos uno al lado del otro, Sacha llevaba delante de él las dos cajas de cartón.

Jodes, es verdad, me dijo antes de sonreírme, pero que comamos las pizzas aquí o en mi casa no me importa un pepino, es contigo con quien quiero comerlas. Además, el vino que tengo en casa es más barato y mejor.

¿Siempre eres tan conciliador? Me molesté un poco conmigo misma porque mi voz sonaba como si se lo estuviera reprochando.

No, pero hay cosas que, sencillamente, no merece la pena complicarlas. La mente es como el cuerpo, sin flexibilidad se oxida, rechina y acaba bloqueándose.

¿Sería porque Sacha no esperaba nada especial? En algunos aspectos me recordaba a Catalina, sin su molesta militancia. Creo que fue el día que hicimos el amor y no funcionó porque yo sentía como un hervidero de cucarachas en mi cabeza, cuando él me dijo: Sabes, Karen, entre tú y yo no hay obligaciones, eso vale tanto para el sexo como para lo demás. Vienes aquí cuando quieres venir, si no tienes ganas de hacer el amor, no hacemos el amor, para mí está bien. Sabemos muy bien que estamos de paso en la vida del otro. Tengo diecisiete años más que tú, no tengo ganas de estar en pareja, y tú te enamorarás de una mujer, y no dudo de que así serás más feliz.

Necesitaba ir a su casa, estar con él de esa manera que teníamos de estar juntos, cuando me preparaba sus comidas raras, con su

música rara. Por qué, no lo sé, pero sé que, en esos momentos de transición llenos de incertidumbre, eso era lo que necesitaba. En cuanto a Sacha, tenía la sensación de que eso lo consolaba de una herida que guardaba secreta, o que aligeraba su soledad. Un día me dijo: A las personas con quienes conecto de verdad las quiero, pero no me ato. No es amar lo que hace sufrir, es atarse. Ni él ni yo estábamos enamorados, se trataba de otra cosa, jamás hablábamos de ello. Yo no sabía qué era, pero no me importaba. ¿Acaso habría cambiado algo? En su presencia me sentía, por así decirlo, aliviada, o libre, o algo por el estilo, no podía esperar nada más en un momento tan inestable de mi vida.

Sacha casi nunca hablaba de él, una vez mencionó Oriente Medio, donde había vivido, donde una mujer muy rica con la que se veía en secreto quiso huir de su casa y casarse con él. Le tomé el pelo, cómo había podido dejar escapar una oportunidad así, y Sacha, siguiéndome el juego, me dijo que debería haber aceptado, que hoy estaría escribiendo en un gran piso que tenía esa mujer en Londres, sin haber de dar talleres de escritura en la cárcel o hacer traducciones de mierda, y nos reímos. Yo sabía, porque le había preguntado, que tenía un hermano y una hermana en Francia, que no tenía hijos, que había nacido junto al mar y que el mar le faltaba. Cuando quise saber por qué había venido a Colombia, me dio una respuesta vaga, típica de él: Un poco por azar. Se encontraba en El Salvador y las cosas no habían salido como él esperaba. Pensé que de muy joven ya había entendido que las cosas rara vez salen como uno quiere en este mundo, pero le pregunté: ¿Por culpa de una mujer? Por culpa de todo, respondió con su sonrisita, y me incliné para mordisquearle el labio. Nos besamos durante un largo rato, luego me confirmó que, sí, tuvo problemas con una mujer, pero que también recibió amenazas cuando quiso investigar a esas muchachas

pobres y solteras, condenadas a largas penas de cárcel por abortos espontáneos. Algunos médicos, que después de curarlas en el hospital sospechaban que se habían provocado el aborto, las denunciaron a jueces ultraconservadores y católicos, que odiaban a las mujeres tanto como a la clase popular. Así que una poeta amiga, que vivía en pareja con una de sus estudiantes, le propuso ir a su casa a Bogotá. Como se sentía bien en la ciudad, Sacha decidió alquilar un piso allí.

En su casa, yo vivía a otro ritmo, eso me relajaba. No tenía que preocuparme por nada, no tenía que demostrar nada. En el salón, como en la habitación, no había nada en las paredes, dejadas en blanco, sin ninguna decoración, solo una pila de libros en el suelo de madera; era un lugar casi vacío, pero sin frialdad. Tampoco tenía televisor. En la cárcel se oye ruido de tele o de radio todo el tiempo, se ve mucha televisión para matar el aburrimiento, donde yo vivía pasaba lo mismo, la tele estaba encendida todo el rato, la hija de mi amiga no paraba de agitarse.

Sacha nunca me proponía jugar a las cartas, mirar una peli o cualquier otra cosa, no hacíamos nada, estábamos en su sofá, yo me había quitado los zapatos, nuestros cuerpos se tocaban mientras hablábamos. Solo estaba ahí, conmigo, me ofrecía su presencia, hablaba y escuchaba. Quizás fuera eso, sentía que me escuchaba atento, que no me juzgaba, quiero decir que no lo hacía por cortesía, pensando en otra cosa o en lo que él quería decir, con prisa por tomar la palabra, no, estaba disponible. Una vez hojeamos juntos un gran libro de arte que alguien le acababa de regalar, yo nunca había hecho eso, ni siquiera había entrado en un museo. Recuerdo un momento muy sensual al mirar los cuadros juntos, en silencio, solo con el ligero sonido de las páginas al pasar. También lo miraba mientras cocinaba, o me ponía de cara a la ventana, con la

mirada fija en los tejados, en la línea de las montañas a lo lejos. ¿Qué hay detrás de esas montañas? Basta con que te atrevas a cruzarlas para que un mundo te espere, y lo harás, pensaba para darme fuerzas, lo harás. Al mismo tiempo, todo parecía imposible, o muy complicado, esas montañas se volvían infranqueables, demasiado altas para mí; uno no puede huir de su vida, me sentía como en una trampa. ¿Qué tenía a mi favor, qué valía yo? Nada, o muy poco, que era lo mismo. Pero yo no me paraba a pensar en aquello. Sacha me decía que la comida ya estaba en la mesa, o ponía algo de música, normalmente piano o jazz, y me preguntaba si me parecía bien. Siempre decía que sí, de hecho, me daba igual. Una vez busqué en internet la salsa que escuchaba mi padre, fue él quien me enseñó a bailar de pequeña, en uno de esos escasos momentos que me dedicó, y me puse a bailar sola mientras Sacha preparaba la comida al tiempo que me miraba. Le hice un gesto para que se acercara. Soltó la cuchara y la sartén, cogió mis manos, que le tendía. Bailamos. No te defiendes tan mal para ser franchute, le dije.

Con Sacha no tenía esa incomodidad que suele darme la presencia de otras personas, me sentía más bien tranquila. Fuera del restaurante donde trabajaba, casi no veía a nadie. Temía el momento en que, por una palabra o un gesto involuntario, mi cerebro me jugara una mala pasada, y me trajera imágenes del pasado que había enterrado dentro de mí. Esos recuerdos me alejaban de todo, como si una mano me empujara y me encerrara en un agujero. Un agujero que no era sino yo misma. Luchar contra ello no era fácil, tampoco actuar como si nada hubiera pasado y no hacerles pagar el precio a los demás, como a Catalina en la cárcel o a Sacha la primera noche. A veces era una sensación tan violenta que quería hacerme daño, enfadada por no poder controlarla ni

deshacerme de todo ese pasado. Cuando podía, me aislaba un rato, me encerraba en los baños para recuperar el sentido, echarme agua en la cara. O largarme. Como ocurrió una noche con Sacha.

Estábamos en el sofá, me pasaba el dedo índice por el brazo, siguiendo la curva del músculo, con ese tono que tenía medio en serio medio en broma me dijo: Tienes unos bellos brazos de boxeadora, categoría peso mosca. Y entonces el agujero se abrió. Esas chicas dislocadas en el ring, como trapeadores. El olor de la sangre volvió a subir por mi garganta. ¿He dicho algo que te ofendió?, me preguntó Sacha. Negué con la cabeza, sin poder hablar, con un gesto de la mano que quería decir que no era su culpa, pero que para él no tuvo que significar nada, y me fui. Necesitaba tomar aire, salir de allí, di vueltas. Regresé unos diez minutos después, se me había olvidado mi chaqueta, tenía frío. La puerta está abierta, me dijo Sacha, simplemente, cuando toqué. Estaba lavando la loza. Pude ver en su rostro que se entristecía por mi actitud, pero no me reprochó nada. Noté que había dejado mi vaso sobre la mesa, como si hubiera sabido que iba a volver. Me dieron ganas de llorar. Respiré profundamente para contenerme. Me senté, tomé el vaso en mis manos. Aquello tenía que reventar. Sacha me daba la espalda. Tomé un sorbo de vino antes de hablar.

Cuando me hablaste de mi brazo de boxeadora, no podías saberlo, vi un combate, una verdadera carnicería, no puedes ni imaginártelo.

¿Dónde?, me preguntó Sacha volteándose, ¿en la guerrilla?

No, con los paramilitares.

Espera, me dijo, mientras se sentaba a mi lado en el sofá, ¿cómo que con los paracos?

No sabía por dónde empezar para que pudiera entenderlo, no sabía por qué, pero quería que lo entendiera, al menos un poco. ¿Por qué todo es siempre tan complicado en cuanto se empieza a

querer contar? Si pudiera desplegar mi vida de una sola vez, sería más sencillo, como un cuadro, donde se ve de inmediato todo el conjunto, aunque se escapen los detalles a la mirada y sea necesario tiempo para notarlos y comprenderlos, todo queda a la vista de una vez. Pero con las palabras, hay que empezar en algún sitio e ir hacia alguna parte, pero a mí se me escapan por todos lados, no sé cómo arreglármelas. Hay que poner una palabra tras otra, una frase tras otra, y así sucesivamente para que la otra persona entienda lo que intentas decir. Las palabras, tener que explicar, contar, provoca una sucesión de malentendidos. Pero estoy harta de que me asfixie toda esa podredumbre que surge cuando le apetece. Esto tiene que acabar, sí.

No sé si te gusta el boxeo, si has visto combates que te han dado ganas de vomitar. ¿Realmente quieres saber lo que me inspira el boxeo? ¿Quieres saber qué clase de chica era? Un día, los paracos trajeron a tres mujeres prisioneras, sospechosas de ayudar a la guerrilla, o de salir con guerrilleros, en un pueblo de una zona por la que luchaban los dos enemigos, tres mujeres que no tenían más de treinta años. Para divertirse, el Patrón propuso un combate de boxeo entre chicas. El bando de la guerrilla contra el nuestro. Veríamos quién era el más fuerte. El Patrón pidió voluntarias entre las pocas mujeres del grupo. Juan me tocó el codo para incitarme a ir, no tenía ganas de prestarme a eso. Dos chicas levantaron la mano. Los ojos del Patrón cayeron sobre mí y me señaló. Nunca me había sentido realmente cómoda con los paramilitares, pero desde hacía un tiempo mi malestar había ido creciendo, y el Patrón debía de haberlo notado, o uno de sus hombres. Si alguno de ellos hubiera recibido la orden del Patrón de eliminarme, lo habría hecho. Rechazar una orden era una sentencia de muerte. Pensé que me estaba probando. El Patrón hizo creer a las prisioneras que, si ganaban el combate,

serían libres. Pero no era más que una lúgubre farsa. A pesar de su desamparo, las dos primeras chicas, campesinas robustas, habían combatido con todas sus fuerzas, como verdaderas fieras. Cuando me tocó el turno, alcancé el ring que habían improvisado, alentada por Juan, que se divertía como los demás. Un *round* de tres minutos. Esos tres minutos me parecieron eternos. Mi adversaria estaba aterrorizada, como un pequeño animal. Se meó encima. Temblaba y lloraba. A nuestro alrededor, los tipos gritaban, insultaban a la chica, me incitaban a molerla a palos. Le dije: Pelea, si no te van a machacar. Soy maestra, me susurró, mirándome por primera vez. Me irritaba que se quedara allí paralizada, con esas voces gritándome en los oídos, y los pequeños ojos del Patrón clavados en mí, con su mirada cruel y penetrante. Le di un puñetazo para obligarla a reaccionar. ¡Jueputa, dale, defiéndete! De repente, se lanzó sobre mí, me arañó la cara y me agarró del pelo, oí un tumulto, me aparté con tanta violencia que cayó al suelo, me incliné sobre ella y le di varios puñetazos, oí cómo mi puño golpeaba su cara. Me puse de pie, la chica estaba en posición fetal. Le grité: Levántate, levántate, pero no quiso moverse. Los hombres aullaban, se reían y silbaban. Miré al Patrón con una expresión que significaba que no había nada más que hacer con ella. Me dirigió su sonrisita cínica. Pensé que se iba a parar aquí, que iban a pegarles un tiro en la cabeza. El Patrón decretó un nuevo *round,* esta vez contra hombres. La fiesta de la carnicería empezó. Jugaron con las dos campesinas, imitando el movimiento de pies de los boxeadores, dejándose pegar aquí y allá para hacer reír a sus compañeros, para que el espectáculo no acabara tan pronto, luego se dejaron llevar por la excitación, malparidas zorras, putas de guerrilleros, sacos de boxeo en carne y hueso, se desahogaron. Las masacraron a golpe de puñetazos. Tenían la cara hecha papilla. Alguien levantó a la

maestra, vi su ojo hinchado, la sangre en sus labios, y me dije: Soy yo quien le ha hecho eso. Solo para no estar en su lugar. En este instante, no sentía ningún odio contra ella, ninguna piedad tampoco, solo náuseas. El tipo la agarró por la cintura, la lanzó como una muñeca de trapo, y la dejó caer sobre su rodilla. Escuchamos cómo se rompían huesos. La alzó por encima de su cabeza, como un trofeo, y los muchachos gritaron en coro: ¡El gato volador! ¡El gato volador! Entonces tomó impulso y lanzó el cuerpo, que se estrelló contra el suelo en medio de hurras. Lo peor estaba por venir. Las tres muchachas se hallaban en el suelo, bañadas en sangre, gimiendo de dolor. Cualquier animal en ese estado hubiera sido sacrificado. La maestra, con la espalda rota, un brazo desencajado, estaba casi inconsciente. ¿Hay voluntarios para divertirse?, gritó el Patrón. Les avisó que se les descontaría del sueldo. Hicieron cola para violarlas por turnos, en el estado en que las chicas se encontraban. Te lo juro, había por lo menos diez tipos detrás de cada una, todos querían tirárselas. Sentí náuseas, corrí a vomitar en un rincón. Duró toda la tarde, hasta que sonaron tres tiros seguidos. Por la noche, no conseguía dormir, con un dolor de vientre y un inicio de fiebre, me di cuenta de todo. Bien podría haber estado en lugar de una de esas chicas, había faltado muy poco para que ocurriera, todavía faltaba poco. Podía acabar como ellas. Estaba en peligro. Asqueada. Los siguientes días, no pensaba más que en una cosa, huir.

Sacha me agarró de la mano y me atrajo suavemente hacia él. Sentí su mano en mi pelo, mi nuca, me gustaba. Nos quedamos un rato así, en silencio.

Cuando me hablaste de Juan la primera vez, me dijo Sacha, pensé que lo habías seguido hasta la guerrilla.

Me había dado cuenta y dejé que siguiera creyéndolo, pero no, entré en la guerrilla después. Juan estaba trabajando para las Autodefensas, en un grupo al norte del pueblo de mi tía, luchaban contra la guerrilla. Tenía que regresar a su trabajo y me ofreció ir con él. Al principio no estaba muy animada, había visto en Medellín, durante mi periodo medio gótico, de qué eran capaces los paracos. Pero, después de que me violaran, sabía que mi tía, que apenas se atrevía a mirarme, acabaría resentida, y pronto me pediría que me marchara, para el bien de todos, y entonces adónde me iría yo. ¿Regresar donde mis padres? Ni loca. Estaba perdida, angustiada. Solo en presencia de Juan me sentía más calmada. Juan percibió mi reticencia e intentó tranquilizarme. Elogió los principios de los paramilitares, el orden, la disciplina, la defensa del país de los izquierdistas y delincuentes, de los ladrones y violadores de niños, el restablecimiento de la justicia. El Estado no llegaba a muchas partes del país, y había que evitar que los terroristas de las FARC llenaran ese vacío, el enemigo interno, como los llamaban. No sé si me convenció mucho su discurso, pero ya no quería encontrarme con mi violador todos los domingos, o verle aparecer con sus dos cómplices, preguntándome si volverían a violarme o no, o incluso si me harían desaparecer en el caso de que me consideraran una amenaza. En este país, una desaparecida, sobre todo en el campo, no le importa un culo a nadie. Y encima, me estaba enamorando de Juan. Así que lo seguí. Al principio todo me parecía normal, vivíamos arriba del almacén de su tío, una tienda de comestibles, el lugar era tranquilo, no había delincuencia, ni mendigos ni viciosos en la calle. Lo que Juan había olvidado decirme era que todo eso funcionaba por el terror, cosa de la que me daría cuenta con el tiempo, y que eran los paracos quienes controlaban el tráfico de drogas. El Patrón, el jefe de esa zona, un terrateniente y ganadero, había establecido códigos

de conducta de todo tipo. No ladrones, no viciosos, no borrachos, no homosexuales. Incluso había un código de vestimenta para las mujeres, que prohibía el *estilo puta,* te dejo imaginar cómo era. Putas había, claro, pero no en la calle, solamente en lugares autorizados. Según las infracciones, los castigos iban de la multa, en efectivo, o en especie para las mujeres que no podían pagar, a trabajos de interés general. Vi a mujeres condenadas a barrer las calles en el calor del mediodía. También vi mujeres rapadas. Las lesbianas estaban sometidas al placer de la penetración masculina, para demostrarles que se equivocaban sobre su orientación sexual. A veces te encontrabas a un tipo atado a un palo todo el día a pleno sol con un cartel en el pecho: *Soy un ladrón*. Los reincidentes eran desterrados de la región, obligados al exilio si no querían ser ajusticiados. Las infracciones graves se castigaban con la muerte. No sabía mucho sobre el trabajo de Juan, excepto que era un informante para impedir la infiltración de la guerrilla en la zona y para rastrear quién les ayudaba, ya fuera con comida o con dinero. Iba a presionar a las personas que debían dinero a la organización. Cosas así. Juan aún era menor de edad cuando fue reclutado, al principio solo se le pedían pequeños servicios, luego obtuvo un ascenso, trabajaba bien, se confiaba en él, es decir, que obedecía las órdenes sin inmutarse. Así fue como salió de la pobreza, como pudo mandar plata a su madre para comprar un quiosco en la plaza del pueblo, donde vendía dulces, bebidas y cositas para mecatear. Yo echaba una mano en la tienda de su tío, a veces Juan me pedía acompañarlo a un pueblo, nos instalábamos en la terraza de un café. La primera vez me pareció que su comportamiento conmigo era un poco extraño, me confesó que en realidad tenía que vigilar a alguien o movimientos sospechosos en el pueblo. Yo le servía de tapadera, nadie sospechaba de una joven pareja de enamorados que van de

paseo. Estaba bastante aburrida, así que insistí en que Juan me procurara un trabajo, cualquier cosa. Consiguió que ayudara en la logística de un almacén de alimentos que tenía la organización. Los alimentos procedían de camiones robados. Camiones destinados a abastecer a la guerrilla, según Juan. En realidad, no lo sabían, asaltaban al azar, cada quince días. Lo llamaban requisa. Los tombos recibían su parte, se cagaban de miedo, la ley aquí era el Patrón. La policía estaba totalmente a sus órdenes.

¿Quieres ver cómo lo hacemos?, me preguntó Juan.

Creo que quería darme un golpe de adrenalina e impresionarme. Me subí detrás de él en su moto, llevábamos un casco complemente negro. Circulamos hasta detectar un camión, entonces nos apresuramos a toda velocidad para avisar a los compañeros y que montaran un retén de aspecto militar. En cuanto el conductor se detuvo, un tipo con un pañuelo en la cara le apuntó y lo sacó de su asiento. Mientras le vendaban los ojos, otro tipo se puso al volante. Juan y yo, en moto, escoltamos el camión hasta el almacén, algunos hombres lo descargaron pronto y bien. Luego llevaron el camión de vuelta a la carretera, advirtiendo al conductor que tenían su nombre y su dirección, por si le daban ganas de abrir la boca. Los alimentos se distribuían entre las familias de los paramilitares, siempre era un ahorro para su pequeño salario. El tío de Juan les compraba productos baratos para venderlos en su tienda.

Juan también me utilizó para reclutar a algunos menores de la región. Llegaba en moto, yo lo acompañaba como trofeo, o sea, la novia. Si quieres una chica, una mujer, necesitas un mínimo de plata para seducirla, para los regalitos, y luego mantenerla. Juan presentaba todas las ventajas. Yo, apenas mayor que ellos, tenía que sonreír, asentir, cautivar a esos adolescentes atormentados por

la pubertad, yo era como la moto, representaba lo que Juan pretendía prometerles si se ponían al servicio de la organización.

Después de un año y medio en esa rutina, Juan obtuvo una suerte de promoción, el Patrón ordenó que fuera a su propiedad, la Finca, como todo el mundo la llamaba. Además de la casona, había varias dependencias, el terreno se extendía hasta donde alcanza la vista. Juan iba a ocupar un puesto de seguridad, iba a vivir allí. Le habló de mí al Patrón, de lo que hacía con él, no quería dejarme sola en la casa. Pude quedarme en la Finca. La guardia personal del Patrón vivía también en aquel lugar, pero estaban ausentes cuando llegamos. Al tercer día vi al Patrón, que regresaba de mal humor, y me esperaba una sorpresa que jamás olvidaré. Nos citó, a Juan y a mí.

Así que viniste con tu novia. ¿Y quiere ser una de nosotros?

Fijó sus ojos en mí, no pude sostener su mirada. Repitió la pregunta, impaciente. Solo moví la cabeza para decir que sí.

Bueno. Vamos a ver lo que vales.

Hizo venir a un prisionero, el tipo estaba atado y amordazado, en calzoncillos, la piel sucia, manchada de sangre. El Jefe me dijo que lo habían interrogado, que era una chusma guerrillera, de las que arruinan el país, lo contaminan, había que deshacerse de él.

Mátalo. Juan, dale tu arma.

No esperó, nos dio la espalda y se fue. Juan me puso su hierro en la mano. Estaba allí, paralizada delante de ese *man* en el suelo, no sé si estaba medio consciente o resignado, tenía los ojos abiertos, perdidos en el vacío, la cara tumefacta.

No puedo, le dije a Juan.

De todas maneras, esta basura va a morir, el Patrón te pone a prueba.

Me puse a temblar, el sudor me mojaba la camisa en las axilas, corría por mi frente. No puedo, repetí.

Oye, me dijo Juan, tenemos que hacerlo, solo le disparas en los pies, yo le apuntaré a la cabeza. ¿De acuerdo? Dale.

Nunca había usado una pistola. Toda tensa, le disparé hacia los pies, no estoy segura de haberle dado, el sudor me irritaba los ojos. Juan me quitó de inmediato la pistola de la mano y metió una bala en la cabeza del hombre. No sé si el Patrón observó la escena o si alguien lo avisó, pero regresó después de los dos disparos. Me cogió del brazo y me obligó a inclinarme sobre el cadáver aún caliente. Mojó su mano en la sangre del hombre y me embadurnó con ella la cara. Hasta en los labios tenía.

La sangre de tu enemigo. No me desobedezcas, si no quieres que use tu sangre para pintar la cara de Juan.

Una vez que el Patrón se hubo marchado, Juan me ayudó a levantarme. No me atrevía a cerrar la boca por miedo a tragar sangre. Fui a lavarme la cara. Durante meses no pude mirarme al espejo sin ver esa sangre en mi cara. Más tarde, le pregunté a Juan si había matado a alguien antes.

No soy un sicario, me contestó, pero si el Patrón me da la orden de matar, mato, no tengo elección, porque si no soy yo quien recibirá la bala. Si me da esa orden, es que tiene una buena razón.

No me echaron, me pusieron a hacer trabajos domésticos en la casona. Había tres tipos de mujeres en la Finca. Las de la familia, las criadas y, cuando no estaban ni la madre ni la esposa ni la hija del jefe, las putas. La esposa y la madre iban regularmente a Medellín, donde estudiaba la hija. Cuando ellas estaban en la Finca, más o menos cuidaban de nosotras, las criadas, y mantenían la casona en orden. Cuando no estaban, las putas sabían cómo hacerse más atractivas. Esto nos protegía de ciertas miradas depredadoras.

Había muchos empleados, para los cultivos y el ganado, y hombres con armas, algunos con ametralladoras. La casona servía como base de operaciones y centro de comunicaciones. Había un taller mecánico e incluso un pequeño dispensario. Una de las dependencias estaba reservada para interrogar a las personas consideradas como sospechosas. Todos fingíamos no ver nada, no oír nada, y más te valía callarte. Sin presenciar las torturas o las ejecuciones, en algún momento llegaba a tus oídos un rumor, o divisabas algo, aunque fuera furtivamente, y tu imaginación hacía el resto sin demasiado esfuerzo. Cuando te piden que limpies una motosierra llena de sangre y te encuentras bolsas de basura en lugar de un prisionero... Los restos los tiraban al río Magdalena, se dice que es el mayor cementerio de Colombia. O al caimán. La primera vez que oí hablar del caimán pensé que era una broma, o un símbolo. Pero no, el caimán era la mascota del Patrón. Lo guardaba en un pequeño embalse. Un caimán se lo come todo, ni siquiera deja los huesos. Cuando un niño de la Finca era desobediente, el Patrón lo amenazaba con alimentar al caimán con uno de sus brazos. Porque el Patrón acogía en su propiedad a algunos niños o adolescentes de los pueblos cercanos. A los chicos que daban problemas se los enviaba a la Finca, ya fuera a la fuerza o a petición de los padres que ya no podían gestionar sus travesuras, para que el Patrón se hiciera cargo de ellos. Estaba muy orgulloso de este papel de educador. Los ponía a trabajar y los sometía a una disciplina militar, para reorientarlos, lavarles el cerebro, por las malas. Uno de los castigos más crueles que vi se infligió a dos chicos que se resistían a la sumisión y que se habían mostrado insolentes: el Patrón ordenó enterrarlos hasta el cuello, los dejó allí toda una tarde, a pleno sol, sin comer ni beber, con la cara embadurnada de melaza. Sus caras acababan devoradas por las picaduras de los

insectos. Los niños salían de estos castigos aterrorizados, destrozados, se volvían dóciles por el miedo, pero crecían con el alma dura como una piedra.

La mujer que se encargaba de la intendencia de la casona se enteró de que había trabajado en el almacén, así que me contrató como asistente. Mi salario subió un poco. Cambiaba de estatus, no de trampa. Juan se alegró, se tomaba muy en serio su papel, mientras que yo me alejaba cada día más de él, hasta nuestra manera de hacer el amor se volvió pura mecánica. No vivía tranquila, estaba más expuesta ahora. En una ocasión tuve que hacer el inventario de las cajas de armas, me asustó la cantidad de ametralladoras, municiones y granadas.

Después de la sangrienta farsa del combate de boxeo, ya no podía más, vivía con un nudo en el estómago, siempre al acecho y ocultando mi angustia. No podía ir a ver al Patrón y decirle: Gracias por todo, chao. Si pedía salir de la organización, me darían un tiro en la cabeza. Si desertaba, me darían un tiro en la cabeza. Con la deserción, me decía, tenía al menos una pequeña posibilidad de que no me encontraran. No sabía adónde ir ni qué hacer, pero mi instinto me decía que huyera. Aproveché que me enviaron a hacer un recado en la ciudad, como ocurría de vez en cuando. No me llevé ninguna pertenencia para no despertar sospechas, solo mi mochila y el dinero que había podido ahorrar. Le pedí a Juan que me llevara en moto, le dije que el chofer no podía acompañarme pero que después vendría a recogerme.

No vayas a hacer ninguna tontería, me dijo Juan cuando me dejó en la plaza. Su voz sonó suave, sin amenaza, me miró a los ojos. Hace mucho tiempo que no nos miramos así, pensé. No te preocupes, le respondí. ¿Entendió en ese momento? ¿Que quizás no

me iba a marchar realmente, pero que lo tenía en mente? Puse mis labios en los suyos y sentí su mirada en mi espalda.

Sacha me hizo entonces la misma pregunta que Catalina: Cómo había pasado de un bando a otro. La diferencia es que Sacha se interesaba en los hechos, Catalina en la ideología. Ella puso mala cara cuando respondí: Para pasar de la extrema derecha a la extrema izquierda no es necesario recorrer un largo camino, solo hay que darse la vuelta. Extrema derecha, extrema izquierda, ese era el vocabulario de Catalina. La mayoría de las personas con las que me crucé en ambos bandos no tenían ninguna ideología política, aquello eran puras bobadas, bueno para los líderes, las cabezas pensantes. Después, que te llenen la cabeza de cosas, o que despierten tu instinto de crueldad, es otra cosa. El odio, sí, era un motivo. Cuántas historias escuché de personas que decían: odio a la guerrilla porque mataron a mi hermano; odio a los paracos porque violaron y mataron a mi hermana; me fui al monte con las FARC porque los paracos cortaron a mi tío con una motosierra; me comprometí porque me ofrecieron un sueldo... Juan bien podría haberse unido a la guerrilla si se hubiera cruzado primero en su camino. La única convicción de los pobres es permanecer vivos, así que con su visión idealizada del proletariado y del pueblo, a Catalina le chocaba esta realidad. Muchas de las chicas reclutadas por la guerrilla y que acabaron en la cárcel en nuestro patio eran chicas de barrios pobres, campesinas, algunas solo habían aprendido a leer y escribir después de incorporarse en la guerrilla. Al igual que yo, no tenían ninguna formación política y sus escasas convicciones, adquiridas a fuerza de oír una y otra vez los mismos discursos en la montaña o en la selva, se habían desvanecido rápidamente en la cárcel, porque allí solo cuenta una cosa, no reventar. Si tu supervivencia depende de un mínimo de solidaridad, entonces te acomodas, cooperas cuando te

conviene, pero no en nombre del marxismo-leninismo. Catalina es una intelectual, una intelectual autodidacta, procede de un medio modesto, se formó militando en la izquierda radical, se graduó en sociología tras el nacimiento de su primer hijo, hizo mucho trabajo de propaganda, conoce bien su tema, el código penitenciario, los derechos humanos, se convirtió en una auténtica defensora, pero nunca estuvo en el terreno, o, más bien, la cárcel se convirtió en su terreno. Catalina no fue capturada con un kalashnikov, nunca tuvo un arma en sus manos. La fiscal le dijo: La única arma que necesita es un computador, alguien que piensa como usted es más peligroso que una persona armada, puede hacer más daño al Estado. Habían encontrado el nombre de Catalina en el computador de un alto comandante de las FARC, no tenían otra prueba —que no lo era—, pero esa lista era suficiente para volverla sospechosa. Catalina fue acusada de participar en una empresa terrorista. Por lo demás, la justicia solo tenía que hacer un pequeño montaje de pruebas. Es lo que ocurre en este hermoso país, la policía, el ejército, la justicia, ¿no tienen pruebas contra ti? Te las fabrican. Mientras demuestras tu inocencia, si lo consigues, te mantienen detenida. En cambio, cuando un magistrado honesto se acerca demasiado a una verdad que compromete a un alto funcionario o a un político poderoso, es destituido del caso como por arte de magia, si es que no se destituye a sí mismo por amenazas de muerte o de represalias contra su familia. Unos meses después de la muerte del comandante de la guerrilla y de la confiscación de su computador, agentes de policía fuertemente armados asaltaron el edificio y el departamento de Catalina, como si se tratara de una peligrosa delincuente que hubiera podido oponer resistencia o huir, y la detuvieron delante de sus atónitos hijos. Los tombos no habían acudido solos, iban acompañados de periodistas de televisión para grabar la escena.

Catalina, conociendo sus prácticas, temía que la policía ocultara armas o explosivos durante el allanamiento. Había pedido a su hijo que los siguiera mientras registraban las habitaciones. Los tombos abrían los libros uno por uno, apartaron un libro de Marx, de Lenin, otro sobre el Che, queriendo ver allí pruebas de su culpabilidad. Es absurdo, se rebelaba Catalina, todos estos libros tienen la autorización para su venta y se encuentran en cualquier biblioteca pública o universitaria. El capitán había encendido el televisor, donde ya transmitían la intervención en la casa de Catalina. Los tombos encontraban eso divertido, verse casi en directo en la televisión. Uno de ellos ironizó, Catalina iba a ser mundialmente famosa. Todo este *show* para exhibirla como un trofeo indignaba a Catalina, más aún al ser presentada en los medios de comunicación como la amante del comandante de las FARC abatido. Los periodistas no mencionaron que era activista de los derechos de la mujer, que trabajaba como defensora de los derechos humanos en zonas abandonadas por el Estado. No, Catalina era la mujer del terrorista, y nada más. Que la considerasen la amante de ese hombre no fue lo que la ofendió. Hago lo que quiero con mi cuerpo, decía, amo a quien quiero, pero que se me instrumentalice, se me menosprecie y descalifique como mujer, eso no lo soporto. Los periodistas afirmaron, difundiendo fotos de otras mujeres, que el comandante tenía múltiples amantes, e insinuaron que vivía en el desenfreno, un insurgente sin fe ni ley que además ultrajaba la moral de la buena sociedad católica. Entonces, dijo el jefe del allanamiento, señalando con la barbilla la foto del comandante en la pantalla, ¿es el padre de su hijo o de su hija?

Catalina no se había dignado a responder. Estaba preocupada por su hija de cuatro años, asustada, que no entendía lo que estaba pasando, salvo que querían hacer daño a su madre. Catalina la cogió

en brazos para tranquilizarla, la niña acabó por dormirse, como si quisiera escapar de todo aquello, luego Catalina la colocó suavemente en su cama antes de que los policías la esposaran y se la llevaran. Cuando la niña se despertó, Catalina ya no estaba allí y su hija se sumió en el mutismo durante un largo periodo. Los niños vivían con su abuela, su hija volvió a hablar poco a poco después que Catalina le regalara un perrito con el dinero de su trabajo en la cárcel.

A Catalina la quiero, es una buena persona, cree en su lucha por un mundo mejor y más justo, pero la guerrilla, en el papel y en la práctica, son dos mundos. En ocasiones, cuando me irritaba, para irritarla a ella a su vez le recordaba ciertas porquerías que había visto en la guerrilla, cómo tratábamos a los rehenes en el campo, cómo el jefe que me embarazó, porque no tenía más condones, pero quería follar de todas maneras, tomando supuestamente sus precauciones, me obligó a abortar. Vi en ella una reticencia a creerme, pero me creyó. Todo lo malo que se pueda decir de la guerrilla no afecta a la fe de Catalina. Elementos extraviados o perjudiciales hay por todas partes, decía. Es como con los católicos, algunos están dispuestos a admitir que hubo crímenes y abusos en nombre de la Iglesia, pero cometidos por ovejas descarriadas o lobos disfrazados, sin cuestionar los fundamentos. Por eso nunca entré en detalles cuando le conté a Catalina mi paso por los paramilitares, solo dije que había huido por los horrores que ya no soportaba y que me había sentido en peligro. Pensaba, quizás por equivocación, que había cosas que ella no podía entender. Con Catalina era mejor callar que mentir. Olía enseguida la mentira o el engaño. En nuestro patio había una falsa guerrillera, Catalina la desenmascaró. No para denunciarla a la dirección, sino para que dejase de buscar pleitos. Esta mujer imponía por la anchura de su

espalda y sus bíceps, su pelo corto, se pasaba el tiempo haciendo pesas en una máquina que había conseguido misteriosamente, sin duda de tantos chanchullos. No dejaba que nadie se subiera, excepto cuando quería hacer un favor a alguien. Controlaba a muchas chicas que la temían y cedían a sus exigencias. Entraba en una celda y le bastaba con decir: No tengo más café, y las chicas le daban, menos por generosidad que por miedo. Siempre le faltaba de todo, tenía al menos cuatro hijos fuera. Odiaba a Catalina por revelar su impostura delante de las chicas del patio, pero ya no vino a jodernos. Catalina la llevó a un lado para advertirle: Tienes suerte de que no les diga a los demás por qué. La Señora Músculos se había hecho pasar por guerrillera para extorsionar a otra presa, una extraditable a Estados Unidos, por tráfico de drogas. El marido de la traficante era rehén de las FARC, y ella afirmó saber dónde estaba retenido y poder servir de intermediaria para su liberación. La traficante acabó dándose cuenta de la estafa, la delató y a la Señora Músculos le cayeron unos cuantos años más de cárcel.

Después de que Juan me dejara en la plaza, caminé y tomé el primer taxi hasta la estación de autobuses. Me subí a una buseta que iba a un pueblo cercano, de ahí me subí a otra, y a otra más, que iba hacia el sur. No tenía ningún plan, excepto llegar a un lugar que no estuviera bajo el control de los paramilitares, y en mi cabeza, en ese momento, solo podía ser un lugar bajo la influencia de la guerrilla. Sabía más o menos dónde se encontraba, había oído hablar de ello en la Finca. Intentaba pasar desapercibida, controlar mi estrés, temía que un carro parara el bus, que unos hombres armados me sacaran de allí, o que Juan apareciera en moto. Si me

pillaban, no apostaba por mi pellejo. Lo más angustiante era no saber si el Patrón había enviado a alguien tras mis pasos, si Juan, furioso y decepcionando, había ido a buscarme. En última instancia, no dudaba de que fuera capaz de pegarme un tiro en la cabeza. Pero tal vez, en el fondo, ya no le importaba, tal vez se sentía incluso libre de mí. Me detuve en una de esas ciudades que son medianas, feas, ruidosas y polvorientas, pueblos que crecieron mal y que guardaron una economía rural, una mentalidad rural, se entra por una carretera bordeada de viviendas precarias y restaurantuchos llenos de grasa, de talleres mecánicos, de montallantas, de plomería, a cuál más mugriento y miserable. Tras dos noches en un hotel cercano a la estación de buses, fui a una pensión para muchachas que la señora de la limpieza me indicó. Sin hacer preguntas, adivinó que yo era uno de esos desplazados que huyen de la guerra, no la contradije, y en el fondo no estaba del todo equivocada.

No había más espacio en el refugio, pero la directora se tomó la molestia de recibirme. Entendí que tenía que contarle algo fuerte para que me ayudara. No me jacté de haber trabajado para los paramilitares antes de escapar, no quería despertar sus sospechas, también temía que me denunciara o que sospechara que era una infiltrada. Al fin y al cabo, no la conocía, podía ser una informante de la guerrilla. Le dije a la directora que estaba amenazada. Que un jefe paramilitar local me había visto en una fiesta del pueblo, y como me negué a salir con él, me violó y prometió volver por mí, para convertirme en su compañera sentimental, según dijo. Así que había huido de la casa de mi tía, arriesgando mi vida. Por primera vez hablé de mi violación, ni siquiera se lo había contado a Juan, y como la directora notó que mi emoción era sincera, no quiso dejarme tirada. Me preguntó si tenía dinero. No dije cuánto, solo que podía pagar dos o tres noches de hotel. Ella sabía de una pensión

modesta, pero segura, donde podía alquilar una habitación, y no tardaría en encontrarme un pequeño trabajo. Mientras tanto, podía comer en el refugio con las otras muchachas.

Me contrataron como limpiadora en un hotel-bar, me pagaban tres veces menos que en la Finca, tuve que comprar algunas cosas, pagar el alquiler de la pensión, mis ahorros se fundían. Pronto me di cuenta de que el hotel-bar era una especie de burdel. Empezaba temprano por la mañana y salía sobre las cinco de la tarde, cuando llegaban las chicas con los primeros clientes del bar. Su papel era usar sus encantos, charlando con ellos, para conseguir que consumieran, luego, si el cliente quería tener sexo, él alquilaba una habitación y subían. Cuando me dio el dinero de mi primera semana, la dueña me dijo: ¿Puedo hablarte con franqueza? Podrías ganar mucho más, querida mía, tan hermosa como eres, y sin romperte la espalda ni dañarte las manos. Ya sabes, de buena gana o no, los hombres siempre te la meten, así que más vale que no sea por nada, y en buenas condiciones. No es difícil, te sientas con el cliente, te doy un porcentaje de lo que consume contigo, y tú me das un porcentaje de tu servicio. Al percibir mi reticencia, añadió: No tienes que subir si no te apetece. Sería algo provisional, el tiempo de hacer ahorros y recuperarte, yo también pasé por eso, y mira dónde estoy ahora.

No subir si no tengo ganas, no jodas. La situación sería insostenible, por más que tomen una copa con las chicas antes, los clientes las ven como putas y punto. Incluso a la dueña no le parecería normal que se negaran a subir, salvo en casos excepcionales, si un tipo estaba realmente demasiado borracho o era agresivo. Lo sabía, había conversado con una de las chicas. Continué limpiando, la dueña siguió siendo amable y simpática conmigo, me quería, sin duda porque le recordaba a su hija. Llevaba más de

quince años muerta, asesinada junto a su novio, como miles de miembros de la Unión Patriótica, donde militaban. En su caso, la policía se había encargado de liquidarlos: una bala a cada uno en la cabeza, y los cuerpos tirados a un río. La dueña me contó todo esto una mañana que me invitó a tomar un descanso y un café con ella. Esta pausa se convirtió en nuestro pequeño ritual, me hablaba de su vida pasada o de su hija. De mí, ella sabía lo que le había contado a la mujer del refugio, y el hecho de que me estuvieran hostigando los paracos, como ella decía, me acercaba aún más a su hija. Pero eso no impedía que de vez en cuando volviera al tema, ¿no quería pasar a *mesera?,* me ganaría mejor la vida, tenía que pensar en mi futuro... Mi posición no era envidiable, no me veía pudriéndome ahí limpiando habitaciones y recogiendo condones de debajo de las camas, cobrando una miseria, pero mientras tanto prefería eso a ser follada por montañeros que apestaban a alcohol. Como tenía muy poca ropa, la dueña me dio algunas de las prendas que había guardado de su hija. No me atreví a rechazarlas. No sé si fue una coincidencia, pero la ropa era bastante sexy.

Un día, aparecieron dos tipos en el bar, yo estaba limpiando vasos y no paraban de lanzarme miradas, hasta incomodarme, y el que era barrigón me preguntó si yo era nueva.

Me encargo del aseo, le contesté.

Tenía una mirada inquisidora. La dueña me cogió del brazo diciéndome con un tono brusco:

Estás aquí para trabajar, no para charlar, vete a limpiar la cocina. Y la oí decir amable a los tipos:

Las chicas no llegan hasta las cinco, señores.

¿Y ella?

Es mi sobrina, no se toca.

Cuando se fueron, la dueña me llamó.

Ten cuidado con estos tipos, y si vuelven, evítalos. Seguramente son paracos, o policías que trabajan para ellos.

Le pregunté cómo podía reconocerlos, aparte de sus feas jetas...

Nada, los huelo enseguida, no más.

Se me encogió el estómago. Hizo que me sentara, estaba toda pálida. ¿Venían detrás de mí? ¿Los había enviado el Patrón? Intentó tranquilizarme, quizás solo habían venido a tomar algo, y aprovechaban para husmear, era inevitable de vez en cuando.

Por eso, si tenían ganas de husmear, podían empezar perfectamente a vigilarme, a seguirme la pista. No estaba tranquila, no dormía bien, comprobaba todo el tiempo en la calle si alguien me seguía, había perdido la poca paz que había recuperado. ¿Cómo estar segura de que esos dos tipos no andaban buscándome? ¿Acaso tenían sospechas y me observaban? ¿O estaban vinculados quizás a los paramilitares de donde me había escapado? Con la distancia, me pregunto si no me había vuelto un poco paranoica, pero al instante estaba cagada de miedo, sobre todo cuando volví a cruzarme, una noche saliendo del trabajo, con el barrigón, que tenía una gran insignia de Suzuki en su chaqueta de lona, la misma marca que la moto de Juan. Me miró de arriba abajo. ¿Tienes prisa?, me dijo. No contesté, pasé rápido a su lado y no volteé la cabeza hasta después de unos cuantos pasos, para asegurarme de que no me seguía, estaba empapada de sudor y al llegar a la pensión el corazón me palpitaba desbocado. Una alarma se había encendido en mi interior, y por la noche me repetía: Tengo que esfumarme, lárgate, hija mía, si quieres salvar tu pellejo. Ya no era la misma y la dueña se dio cuenta. Le confesé mi angustia y mi deseo de no quedarme allí. Pero no sabía adónde ir, ¿existía un lugar para mí en alguna parte?

Puedo presentarte a alguien. Alguien que, en cierto modo, podría protegerte, me dijo la dueña.

¿Cómo dices? ¿Quién es?

Un hombre que conozco bien.

¿Un cliente?

No precisamente. Le gustan las chicas, eso sí, pero es una buena persona, y poderoso.

¿A qué te refieres?

Cariño, mira en qué estado estás desde que esos tipos rondan por aquí.

¿Es un narco?

Nada en absoluto, ¿por qué?

Me dijiste que era poderoso.

Se mostró vacilante. Calma, no es un narco, ni un politiquero.

Me pareció extraño que la dueña me invitara a su casa para conocer a Roberto. Insistió en que me pusiera guapa, y por primera vez me puse los trapos de su hija que me había regalado. La dueña no me había dicho que era un líder guerrillero, de hecho, supe más tarde que ella les servía de informante, pero un tipo poderoso que no era un narco, ni un paraco, ni un político podrido compinche con ellos, no veía quién más podía ser sino un guerrillero. Y yo también tenía mi pequeña idea en la cabeza, si las cosas se presentaban bien. Roberto se acercaba a los cincuenta, su presencia imponía, es verdad que era bastante atractivo, mezclaba un aire intelectual, con unos ojos suaves y penetrantes tras sus gafas, y también algo viril en el esqueleto, los músculos, la barba, e incluso en su pequeña barriga. Finalmente, la dueña nos dejó solos. Roberto nos sirvió otro vaso de whisky. Rompió el silencio.

Irene me ha dicho que tienes problemas.

Me sentí en confianza, producía un sentimiento de seguridad, no mostraba impaciencia, ni concupiscencia. Aproveché la oportunidad. Básicamente le conté la misma historia que a la dueña, haciendo hincapié en mi odio a los paramilitares, que me había negado a ayudarles, a denunciar a personas que ellos sospechaban cómplices de la guerrilla, y que había pagado un alto precio por ello. Le hice saber que no era una prostituta, que ese no era mi objetivo. Lo que quería era ser útil.

¿Por qué me cuentas esto?, me preguntó Roberto después de escucharme sin interrumpirme.

Porque no soy estúpida.

Por primera vez le miré realmente a los ojos, vi que le gustaba mi respuesta, que yo le gustaba.

¿Y no te da miedo?

¿Qué tengo que perder?

¿Y hasta dónde estás dispuesta a ser útil?

Lo que haga falta, respondí.

El whisky empezaba a subírseme a la cabeza, estaba un poco ebria, pero pude percibir el doble sentido de nuestra conversación. Entendí que tarde o temprano acabaría en su cama, así que pensé que sería mejor acostarse con uno solo y estar bajo su protección que tener que ser montada por borrachos varias veces al día. Entonces más valdría que fuera con él y esa noche. Eso fue lo que pensé, y así entré a su servicio. Antes del amanecer, Roberto me despertó. Estaba de pie, con uniforme militar. Mi cara somnolienta debió de ocultar mi sorpresa.

¿Estás lista para dejar todo atrás?, dijo, en un tono que apenas era una pregunta. Asentí con la cabeza. Entonces vístete, nos vamos.

Roberto me entregó un traje de faena, una chaqueta y unas botas. Eran demasiado grandes, pero no rechisté. Un carro, que también parecía del ejército colombiano, ya estaba delante de la casa. No sé cuánto tiempo anduvimos, me volví a dormir en el asiento trasero. El chofer nos dejó al lado de una carretera antes de darse la vuelta. Seguí a Roberto, que se abría camino entre la vegetación, y caminamos por un sendero apenas trazado durante un tiempo que me pareció una eternidad.

En el campamento, en las montañas, primero tuve que seguir un entrenamiento militar cada mañana, durante tres meses, sin escapar a dos o tres turnos de guardia. Me pusieron en los brazos un kalashnikov, que aprendí a manipular y que con sus cuatro kilos me daban calambres. Cada ruido me parecía sospechoso y me ponía de los nervios. Por la tarde estaba al servicio de Roberto, supuestamente como su *asistente*. De hecho, mi trabajo consistía en servirle, desde hacerle un café, lavar su ropa, remendar sus medias hasta acostarme con él, cuando lo deseaba. No era la única, tenía su pequeño harén, bueno, otras dos chicas, y a muchas les habría gustado recibir sus favores, porque, a cambio, nos daba un frasco de champú, un paquete de toallas higiénicas o de tampones, cosas así, un auténtico lujo en el campamento. Por supuesto, Roberto lo presentaba como regalos, un gesto de afecto y generosidad, no como un intercambio de favores. Llamarnos *asistentes* quizás le agradaba a su lado intelectual, aunque más bien ejercíamos de la mujer del guerrero. No había celos entre nosotras, o por lo menos yo no los sentía, como si hubiéramos aceptado el lugar que Roberto nos había asignado. Al principio me daba un poco de vergüenza ser la *chica* del jefe, pero pronto me di cuenta de que los compañeros encontraban mi posición envidiable y me respetaban, algunos incluso se acercaban a mí para interceder ante Roberto, y poco a poco fui

asumiendo ese papel de intermediaria para las cosas cotidianas. Roberto estaba casado con una mujer de su edad. Trabajaba como clandestina para las FARC y se decía que Roberto la había alejado del campamento para disfrutar de carne más fresca. En tres años, vino al campamento dos veces durante unos días. Entonces, para Roberto solo teníamos un papel profesional, pero su mujer no se dejaba engañar, y vi un velo de humillación en sus ojos al observar a su marido hablar conmigo. No sé en qué estado de ánimo estaban las otras dos asistentes, pero cuando Roberto se acostaba con una de ellas, yo descansaba. No es que me diera asco hacer el amor con Roberto, pero la mayoría de las veces no tenía ganas. Incluso cuando sientes placer, es agotador hacer el amor sin ganas, y lentamente devastador. En la intimidad, Roberto tenía gestos suaves, escuchaba, era amable, daba la impresión de que te trataba como a una igual, lo cual no era verdad, pues se aprovechaba de su posición de poder. Por lo demás, era capaz de cierta brutalidad en sus decisiones y órdenes, y eso también nos concernía. Tenía un comandante por encima de él, el jefe del Bloque, que permanecía durante periodos más o menos largos en nuestro campamento, pero Roberto era temido y respetado por la tropa, y, como líder del frente, más cercano a ella también. Después de mis tres meses de entrenamiento militar, Roberto —que no era su verdadero nombre y tenía otros alias— me dio una pistola para que la llevara en el cinturón. Me dijo: Ahora eres también una amazona, y se rio antes de explicarme qué era una amazona. Nunca tuve oportunidad de usarla. Nunca dejaba el campamento, una vida en la selva marcada por la disciplina y la rutina, las reglas, los horarios, los ejercicios, la incomodidad y cierta solidaridad. Te levantas a las cuatro y media de la mañana excepto los domingos, cuando te permiten dormir una hora más, pasan lista, luego reunión de mando, luego limpieza,

luego desayuno, luego las tareas. Comes, y casi siempre es arroz, frijoles o lentejas, escuchas las noticias, vuelves al trabajo o a tu formación, que puede referirse a la situación internacional, a los estatus de la organización o a la ideología marxista, o ser una clase de alfabetización, luego te bañas en el agua fría del río, tienes una hora de ocio antes de la llamada a dormir, y a las ocho y media es el silencio total. Pero también recuerdo las siestas en la hamaca, los partidos de fútbol y los de la selección colombiana en la tele, los asados excepcionales cuando matábamos un animal —un cerdo que unos compañeros habían robado al regreso de una misión, o una vaca comprada a un campesino y que masticábamos en el desayuno, el almuerzo y la comida durante días antes de que se pudriera—, los chocolates con agua, pocas veces, que bebíamos en la niebla helada del amanecer para calentarnos, una noche de fin de año en que bailamos con la música a todo volumen pero sin ninguna luz porque había aviones que daban vueltas en el cielo, las sesiones para aprender a desmontar y mantener mi pistola, las risas y los líos... En general no pasa nada, pero sabes que a cada instante puede pasar algo, vives con esa expectativa latente, que se entibia con el tiempo pero persiste, y es con disciplina como los jefes evitan que bajes la guardia. Roberto planificaba las operaciones, principalmente para asegurarse de que seguía manteniendo su zona de influencia del frente. Salían patrullas para realizar tareas de reconocimiento, pero los enfrentamientos con el ejército eran escasos. Aun así, durante el periodo que estuve, hubo como cinco muertos en nuestra tropa. Me vi atrapada en un solo combate, justo cuando me quedé embarazada. El ejército había detectado la posición de nuestro campamento. Un domingo, mientras aún dormíamos, unos helicópteros aparecidos de la nada nos despertaron. Roberto me sacó de la cama, nos escondimos rápidamente en medio del

zumbido de los motores que se acercaban, cada vez más inquietante, todavía puedo oír ese ruido, logré arrastrarme detrás de una roca mientras las balas volaban y me silbaban en los oídos, el miedo me oprimía el estómago, no tenía ni idea desde dónde nos disparaban, ni dónde impactaban las balas, de lo único de lo que estaba bastante segura era de que estaba perdida. Enseguida entendimos que el ejército se equivocaba de lado, los helicópteros apuntaban a la falda de la montaña justo enfrente, a unos veinte metros del campamento. Durante varios minutos, el ejército ametralló a todo fuego, antes de darse cuenta de que solo le daba a piedras y árboles. Salimos ilesos, pero tuvimos que largarnos y encontrar un lugar, virgen, con fácil acceso al agua, donde montar un nuevo campamento, volver a fabricar todo lo que no pudimos llevarnos. Teníamos tres rehenes, dos militares y la hija de un industrial. Roberto pretendía devolverla a su familia a cambio de un rescate. Para él, el secuestro económico, como el dinero del narcotráfico, estaba justificado, la guerra es cara, y le gustaba decir: No vamos a abrir tiendas o un restaurante Mac-Farc para financiar la lucha. Los rehenes vivían en un recinto, cada uno con su propia hamaca y mosquitero, bajo una lona de plástico sujetada a estacas de madera. Nunca tuve nada que ver con ellos, ni siquiera su suerte me importaba, hasta el día que intentaron escapar. Allí pude ver la crueldad de Roberto. Para castigarlos, los hizo atar a un tronco durante tres días, con una cadena al cuello, como animales, y nada más lo necesario para beber. Cuando la mujer pidió hacer sus necesidades, el guardia no supo qué contestarle, llamó a Roberto. Se plantó delante de ella y le dijo que debía orinar y cagar en el lugar, delante de todos. Vi que los otros dos prisioneros bajaban la cabeza para no mirar a su compañera, y me avergoncé de estar allí, de asistir a esa humillación. Cuando Roberto hablaba de los rehenes,

decía que eran «la mercancía». A la mujer, desde ese día, comenzó a llamarla *la perra.* Y el joven guardia adoptó el apodo, dirigiéndose a ella solo así, la perra. Te parecerá extraño, le dije a Sacha, pero desde entonces nunca veo un perro igual que antes, me refiero a la forma en que tratamos a los animales, les ponemos correas, los golpeamos, los exhibimos como si fueran objetos. No me podía explicar el odio de Roberto por esa mujer. Me dijo que conocía bien a ese tipo de pequeñoburguesa inútil que vive del dinero de papá, un corrupto que amasó su fortuna acaparando tierras, Roberto había crecido en ese ambiente, su padre era del mismo estilo, y no cambiaría a diez chicas como ella por una como yo. No me lo tomé como un halago. A esa mujer la estaba manipulando, haciéndole creer en una liberación inminente, para que volviera a caer en la desesperación al darse cuenta de que era falso. O le decía que su familia estaba discutiendo el precio de su vida y que seguramente moriría, cuando en realidad estaba alargando las negociaciones, creo que a propósito. Es terrible ser la presa de una mano todopoderosa y arbitraria, sin saber nunca qué suerte te depara, y que mina cualquier confianza.

Uno de los rehenes estaba enfermo, no podía caminar. No sé qué hicieron con él, Roberto debió de dar la orden de acabar con él. No pregunté nada, Roberto seguramente me habría contestado, como ya le había oído decir: La guerra tiene sus propias reglas y no soy yo quien las impone, es la realidad de la situación. Sin embargo, una noche, mientras bebíamos de una botella de aguardiente que había sacado de no sé dónde, me susurró con melancolía que lo peor que pueden hacer los hombres es la guerra, aunque a veces fuera necesaria. Intentaba no dejar traslucir sus emociones, mucho menos su pasado. Solo quería estar *en el presente,* ser el líder de sus hombres y ser juzgado por sus acciones y su devoción a la causa. Lo

único que sabía era que había estudiado filosofía en la Universidad Nacional y que se había dejado seducir por las ideas de un profesor que reclutaba clandestinamente a estudiantes para la guerrilla. Le gustaba mantener el secreto, cuanto menos se supiera de él, mejor para la seguridad de todos, incluida la de su familia, aunque la despreciaba porque eran unos incorregibles explotadores, si no entendí mal. Pero su rabia era algo que yo conocía bien, podía olfatearla, porque la llevaba dentro de mí desde hacía muchos años.

Roberto estaba convencido de que esa operación militar era un intento de rescatar a los rehenes, que solo había sido posible a causa de una traición. Tras el ataque, exigió mantener atados a los otros dos. La mujer y el hombre tenían que vivir así, unidos por el cuello con una cadena del tamaño de un brazo, caminar, comer, dormir, mear, cagar, mientras encontrábamos un nuevo lugar donde instalarnos. Caminamos primero durante veinticuatro horas, todos en un silencio angustiante. Cuando por fin nos acostamos, sentía que tenía un bloque de piedra en lugar de piernas. Luego seguimos durante cinco días, cargados como mulas, unos veinte kilos a la espalda, algunos más, borrando nuestras huellas, sin pasar por los corredores clandestinos abiertos antes, por miedo a que alguien hubiera soplado cómo llegar a ellos. Durante mi entrenamiento militar había salido con una patrulla durante una semana, realizamos caminatas interminables, aprendimos a ubicar los buenos sitios para descansar, los lugares críticos y vulnerables, a usar la naturaleza y el clima a nuestro favor, a aguantar el dolor de espalda y las piernas hinchadas, el cansancio y la lluvia, a contentarse sin protestar con lo que había de comer, a tener resistencia... Pero en ese momento, con los militares que nos husmeaban el culo, como decía y creía Roberto, era: camina o muere. Tropecé, me resbalé, me di un golpe, me caí, me cubrí de barro, me clavé espinas en las manos, me raspé los

brazos y los tobillos. Hasta pesqué garrapatas. Me picaba horriblemente la espalda, me quité la camiseta y, al girar la cabeza, vi toda una colonia de garrapatas dándose un festín con mi sangre. Con una compañera que también tenía, nos turnamos durante horas para deshacernos de ellas con pinzas de depilar. Cruzando el vado de un río, algunos se resbalaron. Roberto no quiso que pusiéramos la ropa a secar cuando hicimos una pausa, temía que un avión la avistase, cosa que me pareció absurda vista la densidad de la vegetación, pero no era el momento de disgustarlo. No dejó que hiciéramos fogatas o que usáramos las estufas de gasolina antes de alcanzar el nuevo sitio, tuvimos que tragar arroz mojado, arroz que dejábamos en agua fría durante horas hasta que los granos se ablandaran un poco. No teníamos casi provisiones, no nos dio tiempo de recuperar mercancías que guardábamos en unas caletas. No sé cómo sobrevivieron los dos rehenes a semejante prueba, pero ahí estaban cuando por fin encontramos un lugar donde asentarnos. En dos semanas, usando el martillo y el machete, el nuevo campamento estaba montado y funcionaba. Cada uno había construido su propio cambuche con madera, hojas de palma, lonas de plástico, mientras competíamos a ver quién hacía el refugio más regular, más confortable, una manera de bajar la tensión y darse ánimos al tiempo que nos divertíamos. Fue entonces cuando tomé conciencia de que se me había retrasado el periodo. Esperé, pensando que podría haberme saltado un ciclo, pero como seguía sin venirme empecé a preocuparme, sentía mis pechos más duros, no quería creerlo, pero ya no tenía muchas dudas. Hablé con Roberto. El momento no era muy bueno, pero qué podía hacer. Estaba ansioso y febril desde el ataque, sospechaba de todos, aunque intentaba mantener la calma y la tropa unida. La idea de un traidor o de un infiltrado entre nosotros le carcomía, también

pensaba que podía ser un proveedor o un contacto y esperaba que fuera así. La noticia enfureció a Roberto.

¿No sabía que una no podía quedarse embarazada en la guerrilla? ¿Creía que estábamos allí para traer niños al mundo? Me cabreó. Te recuerdo que tuvimos sexo sin condón varias veces, porque no tenías más pero querías follar sí o sí, que supuestamente no debía preocuparme, que controlabas..., ¿cómo le llamas a eso con tu miradita de presumido? *Coitus interruptus.* Felicidades. Roberto no podía creer que le estuviera hablando así, me fusiló con los ojos y se fue. No sé cómo la obtuvo, pero unos días después me dio una prueba de embarazo. Positivo. Para Roberto, no había ni que pensarlo, tenía que abortar.

Me llevó a una casa en las afueras de un pueblo, dos horas de carreteras estrechas en un silencio sepulcral, que el conductor llenó con su música, unos vallenatos en los que unos acordeones no paraban de sonar. Nos recibió una anciana, solo estaba ella en la casa. Nos sirvió café, arepas con huevos, y después Roberto habló con ella a solas. No esperó a que llegara el médico, me dijo que volvería en tres días. La vieja me metió en una habitación modesta, con los bloques de concreto al descubierto, quise hacerle algunas preguntas, pero solo abrió la boca para decirme que esperara al médico. Me tumbé en una de las dos pequeñas camas con el colchón de espuma, no sabía ni dónde estaba, perdida en medio de la nada, sola, empecé a angustiarme imaginándome que el médico me metía algún instrumento entre las piernas, que me moría desangrada, y que luego me enterraban en un rincón detrás de la casa, sin cruz y sin nombre, sin que nadie se acordase de mí. El médico por fin llegó, me saludó y me preguntó si podía examinarme primero. Me explicó el procedimiento, me iba a dar dos medicamentos, para expulsar el embrión. No tenía intención de

quedarme con el bebé, pero al oírle hablar de expulsar el embrión, me sentí rara de repente, y luego esa amabilidad que tuvo conmigo, me derrumbé, me puse a llorar, sin ruido, no quería que la vieja me oyera. El médico me dijo que no estuviera resentida con Roberto, que la guerrilla no le dejaba otra opción, que tenía una familia. Me preguntó si creía en Dios, quería que rezáramos juntos. Me sorprendió mucho, nunca había rezado con nadie. Hice la comunión y todo eso, creía en Dios y en la Virgen, como todo el mundo, o casi, en Colombia, hasta los guerrilleros marxistas creen en Dios, pero no lo relacionaba ni con la Iglesia ni con el dogma, no era lo mío, ni siquiera recordaba el día en que había rezado por última vez, cosa que no me impedía saber de memoria el avemaría y el padrenuestro. No me atreví a rechazar la oración del médico. Lo hizo sin afectación, solo tomó mis manos entre las suyas e inclinó la cabeza, nos quedamos un rato en silencio, recité el avemaría en mi cabeza, y él susurró *amén* antes de levantar la mirada hacia mí, y yo le respondí *amén.*

Al cabo de tres días, Roberto no había dado señales de vida. Estaba sangrando mucho, tenía dolores en el vientre, el médico me había advertido de ello. La vieja me daba caldo de gallina. Casi no me levantaba de la cama, para descansar; de todos modos, no tenía derecho a salir de la casa hasta que volviera Roberto, y no quería encontrarme con la mirada siniestra de la vieja, con aire de bruja, que prácticamente no me dirigía la palabra. No me arrepentía de haber abortado, dada mi situación era lo mejor, no tenía ninguna duda. Aun así, sentía un vacío interior, un abandono sin remedio. Me han desarraigado, pensé, pero quién, de dónde. ¿Por qué mis pasos solo andan desorientados en la vida?

Llegó otra muchacha embarazada, del mismo Bloque de las FARC, pero de un frente diferente al nuestro. ¿Cuántas guerrilleras

preñadas habían pasado por aquella habitación, con aquella vieja y hosca guarda y su caldo de gallina? ¿Cuántas más pasarán por allí? Ella estaba embarazada de seis meses y el médico debía venir al día siguiente a practicarle un aborto. La muchacha, que se llamaba Ingrid, estaba en un estado de estrés como nunca había visto, al borde del pánico. Me contó que ya había abortado el año anterior, que el comandante no había querido que se quedara con el niño, aunque era el padre, así que cuando volvió a quedarse embarazada, hizo todo lo posible por ocultarlo, no quería repetir esa horrible experiencia, no quería matar a su bebé. Hasta los seis meses había conseguido ocultar su panza, apenas tenía, como si su bebé supiera que para vivir tenía que ser discreto, invisible para el mundo exterior, pero el comandante al final se enteró, estaba segura de que una compañera celosa le puso la mosca detrás de la oreja, y él no tuvo piedad. Pero no iba a dejar que eso sucediera, había guardado una pistola y mataría al doctor en caso necesario. Al escuchar la palabra *pistola,* me acordé de la mía, estaba en mi bolsa, Roberto me había pedido que la llevara conmigo durante el viaje, se suponía que se la iba a entregar cuando llegara a la casa de la vieja y se nos olvidó.

El doctor es amable, no merece morir.

No me importa, dijo Ingrid, febril, de todas maneras me voy a largar de aquí antes de que llegue.

¿Para ir adónde?

A tres horas de caminata, atravesando las montañas, hay un pueblo, una prima mía vive allí, podré parir en su casa, me contestó. No me traicionarás, ¿verdad?

La tranquilicé, no iba a traicionarla, incluso la ayudaría a escapar si era necesario.

Ven, puedes quedarte en la casa de mi prima conmigo, mira lo que te hicieron a ti también, ¿quieres pasar por eso de nuevo? No te

hagas ilusiones, volverá a ocurrir. Regresarás al campo, apenas recuperada, tu jefe solo pensará en su propio placer, así es como se alivian el estrés, la frustración de su fracaso, se pondrá de nuevo encima de ti, y si se descontrola eres tú quien lo va a pagar, y lo vas a pagar en tus entrañas. Ven conmigo, será menos duro para las dos.

Ingrid parecía desesperada y decidida a la vez, yo no tenía ninguna duda de que iba a huir o cometer alguna locura, si es que huir no era una locura ya.

¿Y la vieja?

Esperamos a que se duerma, nos iremos antes del amanecer, y si causa problemas, la atamos, dijo Ingrid.

Me daba unas horas para pensar, pero en el fondo solo dudé unos segundos. Ingrid tenía razón. Sentí cómo la sangre fluía de nuevo desde el fondo de mi vagina, con una dolorosa contracción en el vientre. Que Roberto se vaya a la mierda, ya he tenido suficiente. Basta.

Hacia las cuatro de la mañana nos vestimos en silencio, en la oscuridad, y nos largamos. Ingrid afirmaba saber cómo llegar al pueblo de su prima en tres horas sin usar las carreteras. Solo que teníamos que darnos prisa, porque cuando la vieja se percatara de nuestra ausencia, avisaría a alguien de la guerrilla. No teníamos luz, salvo la luna casi llena. A la salida del pueblo, nos deslizamos bajo una valla de púas para ir a campo través. Ingrid no lograba encontrar el sendero que permitía bordear la montaña, íbamos dando círculos. En cuanto abría la boca, me hacía una señal para que me callara, estaba nerviosa, preocupada, y me transmitió su nerviosismo, su inquietud, y de repente tomé conciencia de que acababa de poner mi suerte en sus manos. ¿Y si no era capaz de llevarnos a su puto pueblo? Si nos atrapan los guerrilleros o los

militares, ¿qué pasará con nosotras? Al final encontró el inicio del sendero, no estaba cuidado y era tan estrecho que teníamos que caminar una detrás de la otra, en algunas partes parecía que la naturaleza lo hubiera recobrado, nos arañábamos, tropezábamos. Después de una hora u hora y media de caminata, escuchamos unos ruidos que nos petrificaron. Sonaban como pasos, pero podía ser un animal. Convencida de que alguien nos buscaba por la zona, Ingrid empezó a correr, quise gritarle que se detuviera, que me esperara, aceleré el paso, me costaba seguirla, y entonces la vi caer. A Ingrid se le escapó un grito de dolor, me apresuré hacia ella y, al agarrar su brazo para levantarla, resbalé en el fango, su peso me arrastró, ambas caímos rodando sobre los matorrales. Sí, le dije a Sacha al contarle mi fuga, esa cicatriz que tanto te gusta en mi cadera, fue allí donde me la hice. Ingrid, por mala suerte, se golpeó en el vientre, se quedó doblada en el suelo, sin lograr levantarse, esforzándose por recuperar el aliento. La ayudé a ponerse de rodillas. Se sujetaba la barriga, llorando y susurrando: Mi bebé, mi bebé. Nos quedamos allí detenidas, no sé durante cuánto tiempo. Empezó a amanecer. Cuando la respiración de Ingrid se normalizó, nos pusimos en marcha. Al fin llegamos al pueblo por la mañana. Alguien desde su ventana nos miró con extrañeza. La prima de Ingrid nos saludó con aire estupefacto, entendí por qué cuando entré en el baño y vi mi cara en el pequeño espejo colgado de la pared. Desinfecté la herida de mi cadera, la prima de Ingrid la cosió con aguja e hilo de coser. Por la noche, Ingrid perdió a su bebé. Sus gemidos me despertaron. Prendí la luz, estaba sentada en el borde de la cama, llorando, con las manos apretadas contra su sexo, las piernas, la sábana, llenas de sangre. Tenía la mirada clavada en algo en el suelo. El feto estaba allí, como un pedazo de gelatina, en un charco de sangre. Fui a buscar a su prima. Cuando llegamos a la

habitación, Ingrid estaba intentando volver a meter el feto en su vagina. La escena era tan alucinante que nos quedamos como petrificadas. El feto se le escapó de las manos. Tomamos suavemente a Ingrid por los brazos, la acostamos en la cama y la limpiamos, pero cuando su prima quiso lavar el suelo, Ingrid se puso a gritar, nos rogó que no tocáramos al feto. Estaba tan conmocionada que no quisimos molestarla. Ingrid le pidió un frasco con alcohol. La prima le trajo una especie de tarro de mermelada lleno de alcohol. Ingrid recogió el feto y lo limpió suavemente antes de ponerlo en el frasco. Una mujer del pueblo vino a prepararle una bebida a base de hierbas. Cuando Ingrid creía que yo estaba dormida, sacaba el frasco de su bolso y le hablaba al feto en voz baja, durante mucho tiempo, yo no entendía lo que decía, luego lo metía debajo de las sábanas y se dormía.

La prima, su marido y su hijo pequeño, una familia campesina, vivían en una casa humilde y limpia, con las mínimas comodidades, el niño dormía en la habitación de sus padres y nosotras en la suya. No podía quedarme en su casa. Y me encontraba de nuevo ante la misma pregunta que llevo haciéndome toda la vida, ¿adónde ir? Mientras miraba la televisión con la prima y su marido, pasaban un reportaje sobre Bogotá, pensé en esconderme en la inmensidad de esa ciudad. Allí me las arreglaría, pensé para darme valor. Casi no tenía dinero, lo que Roberto me había dejado, por si acaso, según su fórmula. Debía de ser suficiente para tomar el bus hasta Bogotá, aunque antes tenía que salir del pueblo. Hablando con la prima, me dijo que el corredor donde se encontraba el pueblo estaba más o menos controlado por el ejército colombiano. La ironía de la vida me envió, en efecto, a Bogotá, pero por otros medios. No llevábamos ni ocho días allí cuando la policía apareció al amanecer, irrumpieron en la casa empuñando armas. Eran como una decena, nos apuntaban a

todos, pero nos buscaban a Ingrid y a mí. Nos tiraron al suelo y nos esposaron, las manos a la espalda. Cuando tocaron el tarro de Ingrid, esta gritó: ¡No toquen a mi bebé! ¡Si le hacen daño están muertos! ¡Si lo tocan, tendrán a toda la guerrilla pegada al culo! Gritaba tanto que dejaron que se llevara el frasco.

Obviamente nos denunciaron, el marido de la prima creo, para no meterse en problemas. Desde el principio veía con malos ojos nuestra presencia, no decía nada, pero había señales inequívocas, sus miradas, nunca francas, o más bien su forma de mirar hacia otro lado, de no dirigirnos la palabra. Incluso le había oído discutir con su mujer por nuestra presencia. Pero bueno, quizás no fuera él, alguien podría haber reportado nuestra presencia como sospechosa, la mujer de la bebida de hierbas, un vecino, nunca lo sabré. Lo que me perdió fue el arma que encontraron en mi bolsa. Interrogada por un fiscal, confesé, con pequeños arreglos. Deserté de la guerrilla, di la antigua ubicación del campamento, la que el ejército había ametrallado equivocándose unos metros, había huido después, porque estaba embarazada y no quería morir, quería darle a mi hijo una vida distinta a la mía. Me encontré con Ingrid en el camino, no nos conocíamos, pero como ella también estaba embarazada y había desertado de la guerrilla, nos solidarizamos una con la otra. Desgraciadamente tuvimos un accidente en el camino, tuve un aborto espontáneo. La seguí hasta la casa de su prima, para ayudarla y porque no sabía adónde ir. Así que no sabía dónde se encontraba el nuevo campamento, no sabía el apellido de mi jefe, excepto que se llamaba Roberto, pero eso ya lo sabía el fiscal. Y me limité a eso. No sé qué dijo Ingrid, si encajaba con mi versión, si la consideraron loca. Me trasladaron a Bogotá, mi juicio fue rápido, y, como sabes, le dije a Sacha, me dieron cinco años. Nunca supe qué pasó con Ingrid y su feto. A veces pienso que tuve suerte de ir a la

cárcel, podría haber muerto, desaparecido, como los miles y miles de desaparecidos que este país acumula. Aquí, cuando desapareces, es como si nunca hubieras existido. Nada más que vacío. ¿Qué nos pasó, a nosotros los colombianos, para alcanzar semejante grado de horror e indiferencia?

Cuando sales de la cárcel, dejas tu *legado*. Es decir, todas las cosas que no quieres llevarte contigo, o que serán más útiles para tus compañeras. Siempre hay quien prefiere vender, incluso medio paquete de café. Solo te llevas cosas muy íntimas, el regalo de un hijo, un libro favorito. En mi caso fue un pequeño bol, el primero que logré hacer en el taller de cerámica. En cinco años de cárcel terminas por acumular bastantes cosas sin percatarte. Salvo mi poca ropa, se lo dejé todo a Catalina. Y un saco de lana con mi olor, eso es lo que quería.

A Sacha, lo único que tenía para dejarle era la pequeña y caótica historia de esa chica llamada Karen. Aunque me preguntaba a mí misma por qué dejar rastro de ella en la cabeza de otra persona, si acaso no sería mejor olvidar.

El olvido no tardará en venir, me contestó Sacha. Y tu vida también cuenta algo que va más allá de ti. Además, sabes que no vas a olvidar, tu fuerza no es olvidar, es seguir adelante en tu vida con la herida de todo lo que viviste. ¿Recuerdas la pregunta que te hice al principio de nuestros encuentros y tu respuesta?: ¿Por qué guardas tanta oscuridad dentro de ti?

Para esconderme en ella. Eso es lo que te contesté.

Ya no tienes que esconderte, ya que tú misma fuiste a buscar la luz.

También le regalé otra cosa antes de irme de Bogotá. Una taza de cerámica que hice en el taller de Luz, especialmente para Sacha, en tonos rojos. Vi que estaba emocionado, me gusta imaginar, si todavía la tiene, que toma su café por la mañana en esa taza. Él también tenía un regalo para mí, unos aretes que me había traído de su viaje a México. Se había quedado dos meses allá, y a su regreso me llamó para que fuera a cenar a su casa. Nos veíamos menos desde que yo trabajaba en el estudio de Luz. Siempre un poco misterioso, y no es mi estilo abusar de las preguntas, no me dio demasiados detalles sobre el motivo de su estancia en México, salvo que había presentado la traducción de su libro, y me dije que debía de haberse encontrado con una mujer que conoció cuando vivía allí. Me preparó su famosa sopa de legumbres y pollo al jengibre, y como de costumbre abrió una botella. No sé por qué se quitó las gafas y las puso sobre la mesa de centro, una mesa que había recogido de la calle enfrente de su casa y pintado de rojo, un rojo que de manera absurda me había parecido tan hostil la primera noche. Miraba sus gafas, no podría expresar con palabras lo que sentí al verlas ahí, parecían algo vivo y nostálgico, y ese gesto que había tenido para quitárselas, tranquilo, sin brusquedad, como siempre fue conmigo, pero esa visión me encogió el estómago. Al salir de la cárcel, estaba convencida de que no volvería a hacer el amor con un hombre, y entonces conocí a Sacha, que no solo supo despertar, sino también limpiar, este deseo en mí. Tuve la tentación de quedarme a dormir en su casa, en aquel colchón en el suelo, sentir la madera del parqué bajo mis pies descalzos y oír cómo crujía cuando iba al baño, sentir su piel y su sexo suave una última vez. Me quité los tenis, estábamos en el sofá, puse mi cabeza en sus muslos, me acosté boca arriba, las rodillas dobladas. Ya no pensaba en nada. No había música. Sentí cómo su mano me acariciaba la

frente y pasaba por mi pelo, en un solo movimiento. No me moví, me encontraba a gusto. De manera inesperada, Sacha se enderezó agarrándome la nuca con una mano, antes de apoyarla suavemente en el sofá. No lo entendí, pero la delicadeza de su gesto, esa atención, me habrían hecho llorar. Yo también me puse en pie, como para barrer una emoción vergonzosa, y me puse los zapatos. Me acercó mi copa antes de llenar la suya y me deseó buena suerte.

Tenías razón, le dije a Sacha. Lo que me dijiste una vez sobre que me enamoraría de una mujer. Me pregunto si no tenías ya una idea en la cabeza.

¿Yo? Solo pensaba en tu deseo de hacer cerámica.

Pero se le escapó una leve sonrisa.

Cuando Sacha me presentó a Luz, enseguida asistí a las clases de cerámica en su taller. No me cobró, diciendo que ya veríamos más adelante, que no iba a cerrar la puerta por dinero a alguien recomendado por Sacha. Más tarde me confesó que Sacha le había dicho que había estado cinco años en la cárcel por pertenecer a la guerrilla, que acababa de salir, que estaba pelada pero tenía talento. Él no lo podía saber, nunca había visto mis cerámicas. Sabiendo que eso le gustaría a Luz, mencionó el proceso de paz y la necesidad de reintegrar a una antigua guerrillera. Llegué muy tarde a la primera cita, me dio un poco de vergüenza haberla hecho esperar, me disculpé y su respuesta me marcó: No te preocupes, tengo vida interior. Exactamente el tipo de cosas que podría decir Sacha. Y comprendí lo que tenían en común. Un día le pregunté cómo había conocido a Sacha. Luz participaba en una exposición colectiva, el galerista había pedido a diez poetas que escribieran un texto sobre los diez artistas. Era la única que exponía cerámica. Sacha había respondido un poco tarde a la invitación del galerista, y solo quedaba Luz. Cuando se vieron, Sacha le confesó la anécdota, como

para disculparse si no le gustaba su texto o no le parecía que estaba a la altura. Pero a Luz le gustó el texto de Sacha, había conseguido captar ciertas líneas esenciales de su obra en un poema en prosa, con una narración escrita como en un sueño. Una tarde se pasó por el estudio de Luz y, desde entonces, se encontraban de vez en cuando para cenar o tomar algo.

Luz afirmaba que yo era habilidosa, que tenía talento, que progresaba de manera muy rápida. Aprendía mucho de ella, trabajaba enormemente, cada vez con más pasión, pero también para no decepcionarla, y de todas maneras no tenía nada más que hacer. Un día, Luz me dijo que necesitaba a alguien que la ayudara en el día a día, para preparar y mantener los materiales, limpiar los hornos, las herramientas, asistirla con ciertas piezas, cosas así. Y para servir el café..., añadí sin poder refrenar mi lengua.

¿Piensas que te trato como a una criada?, me contestó Luz al instante, ofendida.

Lo dije en broma, pero no pareció hacerle gracia.

Crecí en una familia con una empleada que venía todos los días a hacer las tareas domésticas, así que sé lo que es una criada, y conozco la diferencia con lo que te ofrezco.

Sé lo que es, me gustaron esas palabras en su boca, pero no comenté nada. Ah, Luz, incluso si me contrataras como limpiadora, diría que sí, prefiero estar aquí todo el día que dar vueltas o vagar por las calles, qué otra cosa tengo que hacer con mi vida en este momento. Pero me guardé todo eso para mí, no iba a humillarme más. Empecé al día siguiente. Luz no podía declarar mi empleo, pero tenía un sueldo, así que no me importaba, estaba contenta, podía dejar el restaurante. Luz me explicó y me encomendó nuevas tareas, me encargaba que hiciera pedidos, me enseñó cómo funcionaba su página web donde exponía y vendía sus creaciones... Si algún cliente

venía a visitarla, me presentaba como su asistente. Cada vez me iba más tarde del estudio. Como este se encontraba muy lejos de donde yo vivía, Luz me propuso mudarme a una habitación de su casa. Alquilaba una casa donde había instalado su estudio y, en otra habitación, más grande, daba sus clases. Hacía muchas creaciones personales, trabajaba para tiendas de decoración y diseño aquí, en Colombia, y también en España y Francia, se ganaba bien la vida.

Una tarde, en el estudio, nos besamos y nos acostamos juntas. Desde hace tiempo percibía su atracción por mí y yo era consciente de que me fascinaba, pero no quería arriesgarme a arruinarlo todo. Así que esperé. Luz no ocultaba su preferencia por las mujeres, al menos no con su entorno. No nos declaramos como pareja, no discutimos el asunto, seguimos viviendo como antes, salvo que dormíamos en la misma cama.

No ocurría sin cierta fricción, veníamos de mundos demasiado diferentes y bastantes indicios parecían indicar que esto iba a ser solo un paréntesis. Sorprendí una conversación telefónica entre ella y su hermana, abogada de negocios, y oí las palabras *FARC* y *cárcel*. Luz le hablaba de mí, escuché a escondidas. Siempre es mejor estar informado, al menos eso aprendí en mi podrida vida. Básicamente, Luz me acogía como un favor, trabajaba para ella y, aunque teníamos una relación íntima, no por ello había compromiso. Imaginé a su hermana riéndose en su celular, como Luz. ¿Qué puta madre hacía yo allí? Quería meterle el teléfono por la garganta, y al mismo tiempo me sentía totalmente abatida, me invadió una profunda tristeza, como cuando te haces un ovillo bajo las sábanas en la oscuridad y el frío y la más mínima luz te lastima. Pero me negaba a mostrarle esa cara, me encerré en el cuarto de baño, para calmarme bajo la presión de una ducha caliente, hasta que mi piel enrojeció. ¿Para qué seguir? Enseguida me vino a la mente lo

contrario, ¿por qué no seguir, no disfrutar del presente, por qué debía marcharme antes de que todo se rompiese y no hubiera vuelta atrás? Ya vería lo que haría cuando se abriese esa grieta.

Luz me corregía a veces el vocabulario, no como a un niño, pero daba igual, me señalaba que tal palabra que yo usaba era *un poco fuerte,* por no decir vulgar, en su entorno no se hablaba así, o no entendía muy bien a qué me refería con tal expresión popular que me salía de forma natural, aunque en realidad sabía muy bien lo que significaba, solo que ella nunca la habría utilizado. Si tenía la desgracia de ver un canal de televisión o escuchar una canción que no le gustaba, ponía cara de falsa sorpresa, esforzándose por sonreír con benevolencia para suavizar su desprecio, y me preguntaba si me parecía *realmente interesante* o si me gustaban *de verdad ese tipo de cosas*. En general, yo me controlaba. Cuando no estaba de humor, la mandaba a la mierda. Luz no lo soportaba, empezaba a refunfuñar, aunque nunca duraba mucho, las caricias pronto nos reconciliaban. Tenía tendencias elitistas, que afloraban sobre todo cuando estaba con su hermana o sus amigas más íntimas, mujeres que se declaraban progresistas e incluso de izquierdas, procedentes de buenas familias de los barrios acomodados de Bogotá, que, al igual que Luz, se habían criado con una empleada a domicilio *que formaba parte de la familia,* no jodas, habían estudiado en las mejores universidades privadas del país y pasado una temporada en Estados Unidos para perfeccionar su inglés y su formación. Luz salía con ellas sin mí, cosa que no me molestaba, tenía todo el derecho, y además no me sentía muy cómoda con ellas. Hasta en la postura de los cuerpos podía percibir lo diferentes que éramos. Esa seguridad que tenían y que se manifestaba en sus gestos, su forma de andar, la manera que tenían de comportarse, de dirigirse a un vendedor o a una mesera, con amabilidad y cortesía un poco afectadas, eran la

marca de su sentimiento de superioridad social. Si no se las recibía y atendía como creían que debía ser, se sentían ofendidas. Creo que si se lo hubiera comentado a Luz, habría puesto los ojos en blanco, antes de negar y darme argumentos definitivos. Había una pareja de lesbianas, una videoartista y la otra estilista, que tenía su propia *boutique,* y una abogada de derechos humanos. Esa me exasperaba. Vino a cenar una noche. Al escucharla, pensé en Catalina, su antípoda. Nunca fui a verla desde que me pusieron en libertad. Solo pensar en volver a la cárcel me daba náuseas. Y, además, Catalina me había escrito que, sobre todo, me prohibía visitarla, era mejor tanto para ella como para mí, y si algún día volvíamos a vernos, sería fuera, libres las dos. La amiga de Luz trabajaba para las Naciones Unidas, en el programa de desarrollo, decidía qué comunidades víctimas del conflicto recibirían proyectos de apoyo y cuáles no, para compensar las deficiencias de las autoridades colombianas. En fin, ponía curas sobre amputados. Le gustaba quejarse de su trabajo mientras se jactaba, como si nada, de todo el bien que hacía por las víctimas, la justicia y la memoria. Las víctimas, así clasificaba a todas esas *maravillosas* personas abandonadas a su suerte, que lo habían perdido todo, a esas mujeres desplazadas, violadas, con las que ella *sufría*. Eso no impidió que su desdén se trasluciera en sus comentarios o sus exasperaciones, sus burlas, porque en el fondo despreciaba la cultura popular y los gustos de esa gente *maravillosa,* pero con acentos insoportables, especialmente los de las costas del Pacífico o del Caribe. Empezó a imitar sus entonaciones, Luz se partió de la risa —cuando había bebido, Luz pronto se ponía un poco exuberante —, y luego pasaron a bromear sobre mi acento paisa, de Medellín, que les parecía encantador, como se dice de algo folclórico, y a la vez irritante. Según la abogada de derechos humanos, en este país,

solo en Bogotá se oía hablar un español impecable y sin acento. A pesar de ello, repetía a menudo que no le gustaba juzgar, que no juzgaba a nadie, sin darse cuenta de que lo hacía todo el tiempo. Luz había pedido sushi y otras sutilezas japonesas, yo lo comía por primera vez y, en mitad de la cena, cometí el error de decirlo.

¿Nunca comiste comida japonesa?, exclamó la abogada de derechos humanos, con expresión de sorpresa artificial, apuntando hacia mí sus palillos. Te envidio, es como quien no ha leído nunca a Dostoievski, qué suerte tener tantas primeras veces por delante.

Fue entonces cuando me sacó la piedra, me levanté de una forma que no dejaba pie a la ambigüedad y me fui de la mesa.

¿Adónde vas?, me gritó Luz detrás de mí. Quedan muchos makis.

Ya escuché suficiente para toda una semana, respondí sin voltearme. En cuanto a los makis, ya sabían dónde se los podían meter. Después de que se marchara la de los derechos humanos, Luz vino a sermonearme, con la cara seria, tenía que comportarme correctamente con los demás, tener un mínimo de educación... Nos peleamos, si pensaba que yo iba a ser como ella o como sus amigas, estaba muy equivocada, yo era capaz de aceptarla tal como era, sin juzgarla, que intentase hacer lo mismo, de lo contrario, mejor acabar con todo de una vez. No tenía ganas, confieso que hasta me daba un poco de angustia solo de pensarlo, no se lo dije, por supuesto, pero si no había otra solución, estaba dispuesta a hacerlo. Y entonces, no sé, quizás fue el alcohol mezclado con la ira, la necesidad de evacuar la violencia, el deseo que se agitaba en mis venas, la cogí por las muñecas para hacerla caer sobre la cama, le tapé la boca con mi mano cuando intentó protestar, le agarré el pelo de raíz para tirarle un poco como a ella le gustaba que hiciera y, mientras mis dientes recorrían su cuello, su cuerpo dejó de luchar bajo el peso del mío, y todo se resolvió con el sexo. Quizás por eso

las cosas andaban bien entre Luz y yo, ella estaba completamente prendada de mí. Como ella misma me había dicho. ¿Cuánto dura estar prendada de alguien?

Otra disputa entre nosotras se resolvió de la misma manera. Estábamos en un bar con sus amigas artistas, Luz hizo un comentario, ni siquiera recuerdo cuál, me harté, me levanté para ir al baño y la dejé plantada sin decir ni una palabra. Cuando Luz me encontró en casa, estaba como loca.

¡Te llamé no sé cuántas veces! ¡Te envié diez mil mensajes! Estaba dispuesta a denunciar tu desaparición a la policía.

La miraba sin decir nada, ni siquiera enfadada. Haberla dejado tirada en el bar, sabiendo que se asustaría, había sido suficiente para calmarme. Luego, Luz se tranquilizó.

Estaba muerta de inquietud, Karen, ¿qué te ha dado? No vuelvas a hacerme eso. ¿Es por mi culpa? Ven aquí.

Había pasado sus brazos alrededor de mi cuello, olía a puro alcohol.

Si me he comportado como una pendeja, perdóname.

No estoy segura de que ella supiera a qué hacía alusión. Pensándolo bien, tampoco yo veía qué tenía que perdonarle, si no estaba contenta, podía largarme, estaba acostumbrada a eso. ¿Estas pequeñas crisis entre nosotras me daban ganas de llorar? No. Mentiría si afirmase que no me ofendían los comentarios de Luz, pero, como todo el mundo en este país, integré la jerarquía que la sociedad nos inculca desde que nacemos, y que se arraiga en el inconsciente, el desprecio de clase de parte de los privilegiados que se esparce de un estrato a otro, hasta el último. Y los del último estrato, nadie los ve más que como desechos estancados en medio de los desechos. Por más que Luz lo negaba, hacía esfuerzos y era un poco diferente, eso estaba ahí, grabado en ella. Siempre

podemos traspasar un poco los límites, pero ¿hasta dónde? En el fondo de mí, una pequeña alarma persistía en recordarme que todo eso era frágil, Luz acabaría por cansarse y separarse de mí, tal como nuestras clases de origen estaban separadas. ¿Era irremediable y solo cuestión de tiempo? A veces me preguntaba si no debería irme antes de que me dejara. Me la imaginaba diciéndome un día, la cara seria y con una voz firme pero compasiva: Escucha, Karen, esto ya no es posible... O más bien escribirme un largo mensaje por el estilo: *Querida Karen, nos dimos amor y placer como nunca, vivimos una bella historia, pero no hay que forzar las cosas, es mejor para las dos parar aquí, créeme, ya no deseamos lo mismo, hay que saber pasar a otra cosa,* etcétera. O: *Karen, estoy segura de que todo te saldrá bien, y te deseo buena suerte de todo corazón,* y blablablá. Todo con esa dulzura y amabilidad ligeramente condescendiente que me darían ganas de abofetearla, pero sabía que si eso debía ocurrir, no le contestaría ni una sola palabra, ni siquiera para escupir sobre las suyas.

Luz me repetía a menudo que no quería quedarse en Colombia, que tenía ganas de mudarse a otra parte, a España o a Francia, probar una nueva experiencia para su vida y su trabajo. Me preguntaba por qué insistía tanto sobre el tema, lo decía como si nada, pero yo no era pendeja, era una manera de hacerme entender que lo que había entre ella y yo era temporal, solo presente, sin futuro, nada sólido, nada que construir. Todo eso lo sabía, no me hacía ilusiones. Jamás me incluía en su plan de irse, ni siquiera yo lo pensaba. A mí, todo eso me iba bien, no esperaba nada, lo molesto era que no viera que había entendido el mensaje. Así que una vez le dije:

Mira, ya capté. Por el momento vivimos así, mañana puedes coger tus cosas, subirte a un avión, y chao, cada una por su camino. No

tienes cuentas que darme, Luz.

Y entonces, incómoda al principio, me miró a los ojos y dijo:

Sí, voy a irme, está decidido, a España.

Me fui al estudio para mantener las manos ocupadas, pretextando que tenía un trabajo que terminar. En el fondo, sabía que me había enamorado, y eso, en esa situación, me jodía. No quería mostrarle nada a Luz. Estaba acostumbrada a las pérdidas, ya sabía que en mi vida, si por algún milagro pasaba algo bueno, no podía durar, cuando no acababa mal, pero no necesitaba encima una pena de amor. Al cabo de unos minutos, Luz se me acercó.

¿Quieres venir conmigo?

¿Adónde? Lo hacía a propósito.

A España.

¿Quieres que te acompañe o solo lo pides por principio?, contesté secamente.

Me gustaría que vinieras conmigo.

No hice comentarios. Pasamos el resto del día cada una ocupada en su rincón. Por la noche, como si no hubiera sucedido nada, nos acostamos y miramos una peli en su computador, pero me dormí antes del final. A la mañana siguiente, cuando me desperté, Luz apareció con dos tazas de café y me dio una. Era domingo, no se oía nada fuera, excepto la lluvia que había empezado a caer. Tenía un nudo en el estómago y sabía por qué.

Luz, tengo que hablar contigo.

Se sentó en la cama con las piernas cruzadas, sus dos manos apretando el calor de su pocillo. Puse el mío en la mesa de noche. Esperaba seguramente que le diera una respuesta para lo de España, su rostro no expresaba ni ansiedad ni impaciencia, sorbía tranquila y con placer su café negro, era guapa. Pensé que mis palabras iban a dañar esa belleza, que más valía callarme, y

enseguida que era absurdo, no tenía otra opción, debía probar mi suerte.

Después me dirás si aún quieres que me vaya contigo.

Y le conté todo, bueno, a grandes rasgos, la violación, los paracos, la guerrilla, el aborto, mis fugas y mis derrotas, la cárcel, Catalina, e incluso lo que pasó con Sacha, no me interrumpió ni una sola vez. Estábamos acostadas una al lado de la otra, los ojos en el techo. Luz permanecía muda, inmóvil. Seguro que necesitaba tiempo para digerir toda la mierda que había sido mi vida. Debía de tener mil preguntas, que me haría más tarde o nunca. No llevaba más que unas bragas blancas de algodón y un pequeño saco azul cielo, veía sus piernas desnudas, que tantas veces había acariciado y mezclado con las mías, como una frontera ahora infranqueable. Me dije: Se acabó. Se acabó, pero al menos sé por qué. Lo mejor era dejarla sola. De hecho, ¿tenía ganas de irme? ¿Era capaz? ¿Iba a pasar mi vida huyendo? Luz hablaba de una nueva experiencia. ¿Eso tenía que ver conmigo? ¿Iba a dejarme arrastrar a una ilusión? ¿Sería distinto el amor al otro lado del mar?

Quise levantarme, cuando sentí su mano en mi hombro. Volví mi cara hacia la suya. Estaba llorando. Me sonrió y me abrazó.

# AGRADECIMIENTOS

A Margarita de la Hoz, a Liliany Obando,
a Gloria Bernal, a Uldi Teresa Jiménez,
a Corina Oproae, a Laura Restrepo,

a Sara L.,

a K.

*Camina o muere*
Stéphane Chaumet

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Sur les chemins perdus*

Imagen de la cubierta: © Mohamad Itani / Arcangel y © Stefanphotozemun / Shutterstock

© Stéphane Chaumet, 2026

Versión en castellano del autor
Traducción: © Stéphane Chaumet, 2026

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-1107-842-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# Table of Contents

Portadilla
Camina o muere
Agradecimientos
Créditos